REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica | **1933** | Sábado 7 de Octubre | Núm. 13

Año XV. No. 663

SUMARIO

La lección de González Prada

= Fragmentos de un libro encendido: *Bajo el oprobio*. París, 1933. =

INDUSTRIA MALSANA...

Industria malsana, ejercida muchas veces por los ratés o fracasados de las profesiones liberales, del comercio, de los oficios serviles y hasta de las ocupaciones inconfesables, el periodismo limeño produce lo que debe producir. Su fuerza magna reside en los editoriales kilométricos, en esos amenazadores artículos de fondo escritos por Sancho Panza en colaboración de Loyola y Bertoldino. Ahí campean la sintaxis vizcaína, las frases gerundianas, los períodos quijotunos, los clisés antediluvianos, los chistes de almanaque y los desahogos estercolarios. No pudiendo subsistir del favor público, el periódico vegeta, merced a subvenciones del Gobierno, de los bancos, de la Casa Grace, de la Peruvian, del Muelle Dársena, de la Recaudadora, de las Empresas Eléctricas Asociadas, etc., etc., etc. Se vendió a los consignatarios del huano, se vende a Dreyfus, se vendió a Meiggs, se vende a Donoughmore. Se beneficia con el **chantage**, y practica la delación por el texto y por la imagen. También hace de policía secreta y agente provocador. De tiempo, sale moralizando con la austeridad de un santo padre y compite con el beodo recomendando la temperancia, con la hetaira predicando la honestidad, con el **pick-pocket** estatuyendo la inviolabilidad de los bolsillos. Hombres consagrados a esa industria, por más talento y dignidad que posean, concluyen por vulgarizarse, prostituirse y encanallarse. ¿Dónde el individuo que a los pocos años de ejercer el periodismo se haya conservado independiente, incólume y digno de la estimación pública?

Se comprende que al mermar Leguía el "fondo de los reptiles" exacerbara la cólera de los periódicos amarillos. ¿Quién ignora los efectos causados por la deflagración de semejante explosivo? Un foliculario herido en sus intereses resulta más temible que una víbora pisada, que un bulldog atacado de hidrofobia. El barón normando velaba desde su castillo roquero, aguardando la oportunidad de coger la presa; el salteador acechaba desde su escondrijo esperando la ocasión de embestir al caminante para exigirle la bolsa o la vida. Barones no existen ya, salteadores van desapareciendo; mas abundan hombres parapetados sen su mesa de redacción y armados de su rotativa. Al bravo de puñal ha sustituído el bravo de pluma: el uno asesinaba por unos cuantos florines, el otro miente, calumnia y deshonra por unas cuantas libras esterlinas.

González Prada

Por *Málaga Grenet*

Los pueblos proceden con sus mandatarios y sus grandes hombres como el negro de Africa se maneja con su fetiche: hoy le adora, mañana le golpea y hasta le destroza. Aquí, los presidentes (incluyendo al grisgrís o manitú demócrata) bajaron de la silla en medio del anatema nacional, sin amigos y completamente desopinados: de la mayor gloria cayeron a vegetar en las intrigas subterráneas, bregando por el rehacimiento de su virginidad política. Vivanco y Echenique no pudieron rehacerla, Prado y Cáceres la rehicieron una vez, Piérola la rehizc dos veces; pero no habiendo logrado reconquistar la presidencia, murió virgen y mártir.

LOS HOMBRES PREPARADOS...

"Los hombres preparados, la versación en la cosa pública", frases inventadas por los intrigantes de oficio y repetidas a diario por la ridículamente llamada prensa seria. El Perú saborea los beneficios legados por nuestros dirigentes, por esas maravillas de versación y preparación. Díganlo el huano y el salitre, la finanza y el crédito nacionales, la humanidad y la cultura, la honradez administrativa y la instrucción pública. Si algo bueno existe en el país, no se debe a la acción de los políticos.

Acusar, pues, a un individuo de no estar **preparado** y de haber tenido poca o ninguna ingerencia en la administración pública, equivale a expedirle un diploma de honradez. Un ciudadano tiene derecho para jactarse de no haber sido vocal, juez, representante a congreso, ministro, cónsul ni prefecto. La fracción sana, la parte buena de nuestra sociedad vive lejos de la política, desdeñándola y execrándola: hay que empezar a malearse para intervenir en la cosa pública y decidirse a ejercer autoridad. Cuando el hombre pierde su equilibrio moral, rueda por la mala pen-

diente y sigue rodando hasta caer en un ministerio, una diputación o una prefectura. No faltan excepciones—almas que no se envilecen con la autoridad como el diamante no se mancha en el fango—pero, generalmente, un prefecto, un diputado y un ministro se hallan más cerca de Ginesillo que de Cincinato. En el Perú se puede sentar el axioma de a mayor altura en el puesto, mayor bajeza en el individuo.

¿Con qué derecho, fundados en qué patente de honorabilidad y omnisciencia, se arrogan ciertos individuos el monopolio de tasadores oficiales para valorizar el mérito de los demás? ¿De qué planeta nos ha caído esa nube de infalibles? ¿Qué vientres concibieron a esos tipos de linaje sobrehumano? Los miembros pertenecientes a cierto grupo civilista parecen nacidos de madres nutridas con el **alimento de los dioses.** Nietzsche y Wells les reclaman.

Los preparados y los versados en la cosa pública, los infalibles y los superhombres acaban de ofrecernos una lección digna de quedar eternizada en el bronce y el granito: para satisfacer ambiciones bastardas y eliminar a un adversario político, no vacilan en humillar el país bajo la bota de un soldado traidor y rapaz, haciéndonos retroceder a los días más oprobiosos y más negros de nuestra vida republicana. Los Hipócrates y Galenos de la Sociología nacional encuentran en el chafarote la única panacea de nuestros males. Desgraciadamente, la panacea se les torna veneno.

EL CAPORALISMO

En medio a nuestra bajeza, cada vez más intensiva y más extensiva, se debe recordar que los individuos y las naciones no valen sino por su elevación moral, y que ningún sentimiento levantado puede germinar en pueblos resignados a la imposición de la fuerza y regidos por la doctrina de aceptar los hechos consumados. Donde imperan **faites** cashivos o régulos africanos, sólo caben manadas de siervos embrutecidos.

En el Perú se sufre hoy todo y todo queda sancionado con el transcurso de unos cuantos días: no se requiere años ni meses para que un judas refundido en Gil Blas se transforme en personaje ilustre. Hoy se tiene por cosas normales las prisiones indefinidas, los destierros y los ultrajes a las mujeres; hoy se enmudece ante las ejecuciones sumarias en los ríos y los asesinatos nocturnos en los fuertes; hoy y desde muy arriba se amenaza a los revolucionarios con el escarmiento por medio de las represiones sin cuartel; hoy se repite como habiendo encontrado al fin la panacea de todos nuestros males: "Aquí se necesita un buen tirano". Esta frase, obligada en boca de muchos infelices, denuncia un estado de alma, equivale al "¡Vivan las cadenas!" lanzado en España por los súbditos de Fernando VII.

Y no sólo el militar o fiera práctica usa la frase a manera de jaculatoria; la emplea también el paisano o fiera teórica; al tigre del jaral corea el tigre de salón. El endiosamiento de la fuerza bruta se comprende en el militar, en el ser atávico, de mentalidad inferior, observante de la justicia practicada por el oso de las cavernas; no se concibe en médicos, abogados, ingenieros y profesores de universidad, hombres que blasonan de figurar como el exponente de la civilización. Nada preguntaríamos a la fiera práctica sobre los buenos resultados de tiranizar a las naciones, porque sería consultar al tábano sobre la conveniencia de picar a las mulas; pero a la fiera teórica le preguntaríamos qué naciones se ennoblecieron y prosperaron con la tiranía, aunque el tirano se llamara César o Napoleón.

Las tiranías, por mucho que pregonen la honradez y la economía, derrochan el oro en favoritos y pretorianos; las tiranías funcionan en provecho de una clase, de una casta y a veces de una familia, con detrimento de la gran masa popular; las tiranías, después de un aparente bienestar momentáneo y de una paz letargosa, legan el hambre, las luchan intestinas y las guerras exteriores; las tiranías empequeñecen a todos: a unos con el servilismo poniéndoles la librea del cortesano, a otros con el miedo reduciéndoles a la condición de súbditos resignados y temblorosos; las tiranías, en fin, persiguen el aflojamiento de las voluntades y la emasculación de los cerebros, ahogan toda manifestación libre de la pluma o de la palabra y quieren imponer un largo silencio de tumbas, interrumpido únicamente por el arrastrar del sable. Y esto se pide y se ensalza, al clamar por el advenimiento de **un buen tirano.**

Mas algo peor se pide y se ensalza. No existiendo en el Perú la carne para formar el césar o gran tirano clásico, tiene que surgir el tiranuelo de pacotilla, el coronel apache, la rata con charreteras, el troglodita galonado, más bien dicho, el caporal. Siempre que, refiriéndonos a gobernante y gobierno nacionales, digamos tirano y tiranía, entiéndase caporal y caporalismo. No el caporalismo napoleónico ni alemán, sino el sudamericano, consistente en la autocracia de un soldadote burdo y rapaz que con una mano sablea la Constitución y con la otra pega un zarpazo a la Caja fiscal.

El caporalismo significa, pues, la degeneración del militarismo, como si dijéramos una degeneración doble o efectuada en una regresión. Porque el profesional de la muerte, llámese Napoleón o Federico II, no pasa de un regresivo que puede hacernos algún bien aunque seguramente nos causa mucho mal. Cuando el militar nos salva de la injusta agresión extranjera, cumple con su deber y adquiere méritos a la gratitud de sus conciudadanos; pero cuando no se limita a ejercer su oficio de policía internacional y sirve de sostén a gobiernos ilegales, entonces merece el desprecio y el odio por haberse transformado en arma ciega del caporal. Más odio infunde y más desprecio, cuando, asociándose al krumiro, al policiaco y al patrón, soluciona las huelgas con el medio expeditivo de fusilar a los huelguistas.

El gusto a caporales y medidas sangrientas no aparece hoy como novedad: tuvo ya sus manifestaciones esporádicas. ¿Qué piel roja de nuestro ejército no soñó con ser un Porfirio Díaz, cuando menos? Hubo alianza defensiva entre el caporal y el abogado: el caporal caporalizaba, el abogado justificaba las fechorías del sable y de la zarpa. Algunos años ha, un tribuno civilista preconizaba el destierro y la confiscación de bienes, mientras un senador demócrata abogaba por el funcionamiento de la guillotina. Imaginémonos una confiscación ejecutada por la seudo aristocracia del Partido Civil y una guillotina manejada por la nigrocracia del Partido Demócrata.

¿Hemos gozado de libertades tan amplias que hoy, por curiosidad malsana o sadismo político, deseamos probar el sabor de la tiranía? ¿Nos hemos hastiado ya con nuestra superabundante producción de tipos excelsos como Aristides, Cincinato y Marco Aurelio? ¿A cada paso nos vemos con un Washington y un Lincoln? No; pero nuestra sangre padece la nostalgia de la esclavitud. Aquí los rostros piden bofetadas, aquí las posaderas demandan puntapiés. Según los asiáticos, el europeo trasciende a cadáver; ignoramos el olor que chinos y japoneses huelan en nosotros cuando nos husmeen; pero, como el Sol envía luz y la flor despide fragancia, hoy la carne perulera emite efluvios de abyección. Nuestra geometría moral no conoce líneas verticales. La horizontal es la posición favorita de las meretrices y de muchísimos peruanos: ellas boca arriba y abrazando al hombre que paga, ellos boca abajo y lamiendo los pies del tiranuelo que arroja la pitanza.

A nada tienen derecho, ni siquiera al desdén piadoso, los que de tal manera traspasan el límite de la servidumbre voluntaria. Gentes con hambre de sufrir **buenos tiranos** se hallan maduras para la conquista: merecen el yugo extranjero, ya que boyunamente claman por el yugo nacional. Quienes toleran caporales, aguantan conquistadores.

Al Perú debemos figurarle por un horizonte negro, muy negro, donde se destaca un sable enrojecido (1).

DE LOS BARBILAMPIÑOS

Ha llegado el tiempo de concluir los ditirambos y empezar a reírse de los barbilampiños consagrados a ejercer la profesión de jóvenes. A los mozos debemos temerles más que a los viejos: el hombre maduro tiene fijado el rumbo de su vida, y nos deja ver si marcha bien o mal; el de pocos años busca su orientación, y nos oculta si corre a la cima de una montaña o al fondo de una cueva. Por lo mismo que la juventud conoce los apetitos insaciables y las pasio-

(1) La publicación de *El Caporalismo* en *La Protesta* de Lima, en octubre de 1914, motivó la clausura de este periódico por el gobierno del coronel Benavides. (*Nota del Editor.*)

nes arrolladoras, es la época de las tentaciones, de las caídas, de las grandes infamias y de los peores crímenes. El viejo, no divisando más horizonte que las paredes del cementerio, consagra sus débiles energías a la inocente labor de ganar el cielo; el joven, mirando ante sus ojos el panorama de la vida, busca dinero y posición para gozar y lucir. Los hombres que empujan al amigo y al hermano, las mandíbulas que muerden y desgarran, las manos que aprietan y estrangulan obedecen al impulso de cabezas sin arrugas ni canas. No hay apaches de sesenta años.

Callen, pues, los histriones imberbes que se vanaglorian de sus veinte o veinticinco años ¡como si el cachorro del tigre fuera menos tigre que su abuelo! Callen también los esperanzados en los **hombres de mañana** ¡como si la edad pudiera volver águilas reales a los pichones del cuervo! La rama de un alcornoque no se transforma en la vara de un rosal, y la chinche hiede desde que nace hasta que muere.

Cuando un Presidente de la República ultraió con sus gendarmes a los universitarios de Lima, fulminamos un grito de indignación, como si Fierabrás o Sacripante hubieran mandado estuprar a las once mil vírgenes. Cada mojicón en la cara de un sietemesino se nos antojaba un golpe en el templo de la sabiduría. cada planazo en los lomos de un barbilindo nos parecía profanación a la carne de un Sócrates redivivo, de un Aristóteles en ciernes, hasta de un Cristo en fabricación. Si hoy se repitieran los mojicones y los planazos, nos indignaríamos de que no se hiciera con los pastores lo que se hacía con el rebaño.

TONTO, COME Y CALLA

Según Víctor Hugo, "la grandeza y la hermosura de Francia provienen de echar menos barriga que los demás pueblos". Nuestra fealdad y pequeñez nos vienen de conceder al estómago la supremacía sobre el corazón. Aquí no hay más que atiborrar a las gentes para verlas tranquilas, felices y mudas: Rocinantes de mansedumbre evangélica, los peruanos aguantan silla, freno y espuelas, con tal de tener asegurada la ración de pasto.

Al advenimiento de cada presidente, se realiza en el país una modificación general de actitudes: como cediendo a un resorte invisible, todos los peruanos caen de rodillas. Todos se prosternan, no porque surja un grande hombre, sino porque viene el nuevo ecónomo. Y el ecónomo goza las preeminencias de un autócrata. En naciones bien organizadas y sometidas al régimen representativo, la acción del mandatario queda sumamente restringida por la vigilancia y el control del parlamento. ¿Qué son un presidente de Francia y un rey de Inglaterra? Ya se ha dicho—unas figuras decorativas. El rey reina pero no gobierna; en cambio, el presidente del Perú reina y gobierna reuniendo en su persona los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Merece llamarse un animal tricéfalo.

Aquí, el fermento corruptor del hombre opera en el hogar. Como regla general, las mujeres de mala vida se afanan y se desvelan porque sus hijas no las imiten, no salgan del buen camino. Para lograrlo, se transforman en asiduas predicadoras de moral: un santo padre no moraliza más que una madre non sancta. Muchas de nuestras católicas y honradas matronas, incapaces de engañar a sus maridos, son eximias profesoras de amoralidad casera. Dejándose de romanticismos, cogen la vida por el lado práctico, juzgan el acto según los rendimientos pecuniarios y en vez de crear verdaderos hombres de corazón, listos a sacrificarse por una idea, forman seres glaciales y egoístas, animados por el único deseo de pasarla bien, sin otro ideal que el positivismo de Sancho. No cifran su orgullo en decir, como la madre de los Gracos al presentar a sus hijos: "Estas son mis joyas", sino en repetir: Estos son mis ventrales.

En esas familias cristianas, al calor de esas imponderables matronas, se incuba el tránsfuga de todos los bandos políticos, el juez de fallo según tarifa, el parlamentario de las mayorías palaciegas, el militar de espada virgen y prostituída, el banquero de llave maestra y ganzúa, el empleado tan listo al perjurio como al desfalco, el diarista de opinión orientada en el erario público y el más odioso de los productos sociales—el cazador de dotes, por no decir el chulo, el alfonso ni el **maquereau.**

De ahí que los hijos no resulten mejores que los padres. ¿Puede caber reacción de lo bueno contra lo malo en países donde los individuos, antes de sentir las pasiones del mozo, tienen los vicios del viejo? Existen peruanos que desde la cuna revelan síntomas de caducidad; que antes de gatear, chochean. Hay recién venidos al mundo que no han abierto los ojos y ya parecen la reducción de un magistrado, de un alcalde municipal, de un rentista, de un senador, de un canónigo y hasta de un obispo: infunden respeto y llevan aire de exigirnos el **monseñor.** Esos anómalos, nacidos con arrugas y canas en el cerebro, causan la gloria y las delicias de las madres, así como producen la desilusión y deshonra de las familias los altivos, los rebeldes, los irreductibles, los que desde pequeños denuncian inclinación a las **malas ideas**. Todo se perdona al joven, excepto las **malas ideas,** lo que significa no pensar como piensa la turbamulta ni resignarse gregariamente a comer y rumiar la ración de pasto. ¡Gloria, pues, a los mozos buenos o de buenas ideas, a los concebidos para no tener niñez ni juventud, a los extractos de viejo! Ellos poseerán el reino de la Tierra. Con todo, si alguien nos preguntara si había nada peor que los jóvenes malos, nosotros le responderíamos: lo único peor que un joven malo es un joven bueno.

Cuando alguno de esos jóvenes sienta (por casualidad o milagro) el impulso de erguirse con altivez y dignidad, cuando amenaza perjudicar con la palabra o la acción los intereses de la familia, se produce en todo el clan una sorpresa inaudita, un asombro inenarrable, como si hubiera visto una libra esterlina transformada en centavo, un lirio en cicuta y una paloma en gavilán. Felizmente, ahí está la madre para contener el escándalo y salvar la honra del hijo, sin emplear el añejo sistema de lágrimas, rigor, insultos, amenazas, etc. La precavida y sabia matrona no pronuncia discursos kilométricos ni prodiga consejos soporíferos: recurre a la concisión espartana. Ahoga el **mal impulso** filial con una especie de abracadabra estupenda, sacramental, de seguro efecto mágico:

—Tonto, come y calla.

Se dice que los viejos caballos de tropa, al escuchar la llamada de un clarín, paran las orejas, se estremecen y aunque inválidos, dan señales de querer partir a enrolarse en las filas. Nuestros jóvenes tienen su toque de clarín, no para lanzarse al campo de batalla, sino para obedecer al instinto de la casta y seguir el precepto de comer y callar.

El come y calla se ha generalizado de tal manera que merecería figurar en el exergo de la moneda. Denuncia un estado de alma. ¿Qué hace el vocal mientras un juez de primera instancia es desobedecido y burlado por una autoridad de policía? Come y calla. ¿Qué hace el parlamentario mientras sus compañeros sufren persecuciones, cárcel, expatria-

ción y tiros de revólver? Come y calle. ¿Qué hace el militar mientras una cuadrilla de pretorianos, capitaneada por un aventurero de ínfima ralea, se arroja sobre la Nación para saquearla, oprimirla y envilecerla? Come y calla. ¿Qué hace el diarista mientras los esbirros del Gobierno clausuran periódicos, aherrojan escritores y confiscan los libros de un ciudadano? Come y calla. ¿Qué hace el pueblo mientras los funcionarios públicos y las instituciones nacionales (desde el ministro al portero y desde las Cámaras a los Tribunales) dan ejemplos de abyección y cobardía? Todo, menos levantarse como un hombre. El asno, trabajador y sufrido, no indaga la sicología del borriquero: pasta y enmudece; el pueblo, más desgraciado tal vez y más paciente que el burro, no averigua tampoco el valor intelectual y moral de sus arrieros: ayuna y calla.

DE LOS MANDINGAS

Apelando a todas las iniquidades y a todas las bajezas, no cejando ni ante la humillación de mendigar socorro a las legaciones extranjeras, nuestros gobernantes acallan la oposición y logran maniobrar en familia. A las pocas semanas de asaltado el poder, nuestros excelentísimos cafres o mandingas pueden vanagloriarse de no contar con adversarios en la prensa. A la hora de la muerte, el general español Narvaez declaraba a su confesor no tener enemigos que perdonar: les había fusilado a todos.

LA POLICIA

La policía, la más odiosa de las instituciones sociales, se erguía sobre la función más elevada del hombre—el pensamiento. ¿Quiénes se arrogaban el derecho de juzgar lo escrito por un Reclus, un Proudhon, un Stirner, un Kropotkine y un Guyau? Los semi-analfabetos: los encubridores o partícipes de hurtos y robos en grande escala; los torsionadores de personas inocentes o de infelices rateros; los sicarios de todos los gobernantes abusivos; los vapuleadores, sableadores y abaleadores de muchedumbres indefensas; los seres más despreciables, sea cual fuere su categoría (prefectos o cachacos) por vivir subterráneamente ligados con el tahur, el rufián, el delator y el periodista oficial.

Naturalmente, diarios y Cámaras no levantaron la voz para condenar los atropellos inferidos a los redactores de la publicación obrera: lo no relacionado con intereses de personillas y conventículos, lo ajeno a la política de barrio y trastienda, carece de importancia.

Bajo la vara de un porquero bordelés, el Perú había dejado de constituir una sociedad humana: era una pocilga donde los cerdos, apaleados y hambrientos, no se atrevían ni a gruñir.

Manuel González Prada

(1914-1915).

Estampas

Unas páginas militantes y clamorosas del insigne peruano González Prada

= *Colaboración* =

Puede el tiempo someter a sus corrientes desintegradoras la obra del escritor honrado y el poder creador que les da perennidad la salva de la ruina. La posteridad recibe esa obra y tiene en ella guía y estímulo. Cuando son los problemas sociales, o políticos los que han hecho meditar al escritor, es antorcha que quema y mata tiniebla el poder que eterniza las páginas. Se siente la reverberación. El indiferente encoge los hombros, pero el inconforme acciona y se desentumece. Estas páginas combativas del peruano Manuel González Prada son de las que no caducan. Las vamos reflexionando, porque hablan de un oprobio que no es local, que no lo sufre un pueblo de la América nuestra, sino todos. Escritas para sucesos que hace veinte años iban dañando la salud de una nación, tienen hoy la misma enseñanza de entonces. El escritor acusó a una tiranía y lo hizo con visión tan penetrante que dejó juicio contra todas las tiranías.

No hizo análisis de un régimen y sí pintó con dureza el oprobio de ese régimen. "Mereceríamos una cencerrada —afirma—si saliéramos hoy con los eufemismos del futre que dice las **damas** por decir las señoras". No equivoca término alguno y en su decir claro encuentra el combativo temple para su espíritu. Precisa recordar que González Prada escribió este libro agudo **(Bajo el oprobio)** cuando tiranizaba en el Perú el señor Benavides que lo gobierna hoy de nuevo. No imaginó un régimen porque lo estaba viviendo y pudo sentir el hedor de la bestia dueña del mando. Allí están los alcahuetes del tirano, los indiferentes que no quieren perder su paz y se agarran a pretextos infantiles para no abandonar su condición de hombres neutrales. Son los hombres hechos para la comodidad personal. Mientras los sostenes de esa comodidad no sufran, ellos no protestan, no hablan, enmudecen, dejan que el oprobio invada. "Los hombres de bien—dice González Prada—parecen confabulados para favorecer a los criminales y bribones: les otorgan el beneficio del silencio. Si un juez prevarica; si un hombre público medra con las fragilidades de su mujer; si un diputado se acuesta opositor y amanece palaciego; si un ministro despabila los fondos secretos de su ramo; si un pobre de solemnidad, a los pocos días de asumir un cargo redime las deudas propias y las ajenas, compra fincas y vive como un lord inglés... ¡silencio absoluto! El buen ciudadano tiene oídos para oír y ojos para ver, mas no tiene boca para hablar. ¿Acertaría Zola al decir que el peor canalla era el hombre honrado? No cabe duda que en la pusilanimidad de las gentes honradas estriba la fuerza de los pícaros; los buenos merecerían llamarse encubridores y hasta cómplices de los malos".

Palabras desconcertantes para el comodidoso que puebla estos países. Las leería enfurecido y González Prada sería anatematizado. Pero no escribió él para el futre que dice las **damas** por decir las señoras. Escribió para acabar con esa casta adamada. Y para el que no es futre suena a mar tempestuoso el clamor que sale de la prosa viva de González Prada. Plantea una cuestión saludable: hay que librar a los pueblos de los hombres de bien. Saludable, porque esa argamasa humana es precisamente la que sostiene la fuerza de los pícaros. Por cuidar su bien abandona el pusilánime el bien común que es lo que en todo momento precisa salvar. Hombres sin virilidad que caminan viéndose en el espejo de la comodidad propia. No existen para ellos problemas nacionales. No existen sino gradas sobre las cuales es posible subir hasta los puestos de mayor rendimiento y mejor escalafón. A su alrededor existirá agonía, atormentará el oprobio a poblaciones enteras, pero será la ley siempre la que rija para el hombre de bien. González Prada sintió el peso horrible de esa casta de ensimismados para los que no hay sacrificio. Y la estampó con valor y la dejó prendida para que sea escarnecida.

Veamos cada uno lo que crece en cada institución y en cada puesto y es el hombre de bien el que rodea y sustenta al listo que se adiestra en la manera de acabar con el honor y el decoro. Y tanto en las tiranías como en los gobiernos sin este tinte funesto. Bajo el tirano el oprobio es mayor. La fuerza es más ostensible y destruye brutalmente. Alarma al hombre de bien, mejor dicho, le estimula su feminilidad, y quiere complacer y hace absoluto su silencio a fin de que el tirano imponga su barbarie. González Prada observó ese hombre de bien en todas las funciones y siempre le encontró la vileza del sumiso.

El tirano de estos pueblos es idéntico, lo mismo que el hombre de bien. Uno y otro se complementan. El silencio y la indiferencia del último, su negación de toda virilidad, va creando un ambiente propicio a la tiranía. González Prada pinta ese estado miserable así: "Hoy se repite como habiendo encontrado al fin la panacea de nuestros males: "Aquí se necesita un buen tirano". Y el tirano preparado por la cobardía del hombre de bien, sale de entre la casta ignorante que cunde como una maldición por nuestra América: la casta militar. González Prada la tuvo de cerca, sintió el hedor de su piel grasienta y la condenó con justicia. "No existien-

do en el Perú—afirma—la carne para formar el César o gran tirano clásico, tiene que surgir el tiranuelo de pacotilla, el coronel apache, el rata con charreteras, el troglodita galonado, más bien dicho, el caporal". ¿En cuál de estos países no es el mismo tipo ignorante el que tiraniza? Es el caporal con todas sus inmensas limitaciones. Y a ese caporal lo llaman los hombres de bien el buen tirano. Por ese caporal callan, dejan que las más grandes iniquidades pudran la salud de un país.

El buen tirano no es sino la buena pezuña. Daña, destruye, aniquila. El mal sigue azotándonos y el hombre de bien todavía hoy ansía el régimen del caporal. González Prada sigue dándonos una gran lección y tenemos que oírlo: "Las tiranías, por mucho que pregonen la honradez y la economía, derrochan el oro en favoritos y pretorianos; las tiranías funcionan en provecho de una clase, de una casta y a veces de una familia, con detrimento de la gran masa popular; las tiranías, después de un aparente bienestar momentáneo y de una paz letargosa, legan el hambre, las luchas intestinas y las guerras exteriores; las tiranías empequeñecen a todos: a unos con el servilismo poniéndoles la librea del cortesano, a otros con el miedo reduciéndoles a la condición de súbditos resignados y temblorosos; las tiranías, en fin, persiguen el aflojamiento de las voluntades y la emasculación de los cerebros, ahogan toda manifestación libre de la pluma o de la palabra y quieren imponer un largo silencio de tumbas, interrumpido únicamente por el arrastrar del sable. Y esto se pide y se ensalza al clamar por el advenimiento de **un buen tirano"**. El hombre de bien, es decir, el indiferente, porque en la indiferencia está la seguridad de su propia comodidad, es el aliado de las tiranías. Un cuadro admirable de los desastrosos efectos de la tiranía nos dejó González Prada. Y no por cierto teórico, sino vivido allí en su propia tierra, que es como decir vivido en cualquiera de estos países. Queremos que se medite hondamente el juicio del escritor peruano. ¿Por qué no acabar con esa maldición del hombre fuerte, esto es, del buen tirano? Son muchos los que engañan y se engañan clamando por la mano ordenadora. ¡Qué orden el de estos eunucos! Infelices que en su debilidad absoluta, en su ausencia total de virilidad, lo único grande que perciben es el sable del caporal. En las atribuciones de la gente nueva está empezar la batalla grande por el bienestar común. Hablando, censurando, dando el juicio severo para que los pícaros no se entronicen y arrasen con las riquezas nacionales es como se conquista el bienestar. Mentira que con el caporal pueden los pueblos vivir decorosamente. La tiranía sólo tiniebla trae. Esperar redención de la tiranía es estupidez irredimible.

Pedimos lectura, pedimos meditación para estas páginas admirables de González Prada. Están llenas de sugestiones. Las anima un sentido grande por una raza mejor. Quiere mover a mucha gente amodorrada que habita lo mismo en el Perú, que en Costa Rica, que en la Argentina. Y quiere moverla no adulándola, sino descubriéndole la entraña para dejársela sangrante. No es un renegado. Es el tipo de hombre que necesitan nuestros pueblos. Que les hable con calor, con pasión, que no adule, que censure y atormente. Nada de cantos a la juventud. La juventud es tan mala como la senectud. "El joven—afirma,—mirando ante sus ojos el panorama de la vida, busca dinero y posición para gozar y lucir. Los hombres que empujan al amigo y al hermano, las mandíbulas que muerden y desgarran, las manos que aprietan y estrangulan obedecen al impulso de cabezas sin arrugas ni canas. No hay apaches de sesenta años. Callen, pues, los histriones imberbes que se vanaglorian de sus veinte o veinticinco años ¡como si el cachorro del tigre fuera menos tigre que su abuelo! Callen también los esperanzados en los **hombres de mañana** ¡como si la edad pudiera volver águilas reales a los pichones del cuervo! La rama de un alcornoque no se transforma en la vara de un rosal, y la chinche hiede desde que nace hasta que muere". Sufrirán los jóvenes que se pasan contemplándose, viéndose proyectados en un porvenir que será brillantísimo. Sufrirán esos jóvenes adamados con el juicio severo de González Prada. Pero la gente nueva sentirá la profunda serenidad que dejan palabras admonitorias. Para la gente nueva, que es la que debe acabar con el petimetre, están dichas las sentencias formidables del escritor peruano.

Han de buscar muchos inconformes el libro de González Prada, pues que esta guía que vamos dando aspira a encontrar el lector medidativo. Escribió para la América nuestra. Su justicia hay que aplicarla a todos estos pueblos. Somos idénticos en nuestros vicios y debilidades. Oigamos: "Aquí no hay más que atiborrar a las gentes para verlas tranquilas, felices y mudas: Rocinantes de mansedumbre evangélica, los peruanos aguantan silla, freno y espuelas, con tal de tener asegurada la ración de pasto". ¿No es lo mismo en todas partes? Comer y callar, es la filosofía del hombre de bien. No existe fuera de esta inquietud alguna otra.

Busquen páginas que los conforten los hombres de bien. Pero los inconformes acérquense a este escritor que no ciñe su palabra a limitaciones calculadas. Búsquenlo, porque necesita lectores que lo difundan y pongan en pie de batalla a la gente nueva. Es urgente luchar. González Prada no calla los males. Cuando el necio proclama santidades como la del hogar, él dice severamente: "Aquí, el fermento corruptor del hombre opera en el hogar". Renegarán de sus juicios los hipócritas, los fariseos que repiten frases hechas para escudar su podredumbre. Pero el veraz lo acogerá y dirá con él: "Muchas de nuestras católicas y honradas matronas, incapaces de engañar a sus maridos, son eximias profesoras de amoralidad casera. Dejándose de romanticismos, cogen la vida por el lado práctico, juzgan el acto según los rendimientos pecuniarios y en vez de crear verdaderos hombres de corazón, listos a sacrificarse por una idea, forman seres glaciales y egoístas, animados por el único deseo de pasarla bien, sin otro ideal que el positivismo de Sancho. No cifran su orgullo en decir como la madre de los Gracos al presentar a sus hijos: "Estas son mis joyas", sino en repetir: Estos son mis ventrales".

Este es el escritor de la América nuestra que leemos con cariño, con reflexión, porque da la más grande muestra de inconformidad. En las páginas de su libro hay motivos de meditación honda. No suenan a seda y desencantan al adamado, y éste es su valor inmenso. ¡Pudiéramos difundirlas con estas glosas de hoy! Hay en sus páginas una fuerza que remueve la conciencia.

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1933.

Lector amigo: Hágase de *Bajo el oprobio*, de González Prada. Con el Adr. del *Rep. Am.* consigue el ejemplar, a ₡ 3.00.

Tres cuentos inéditos

= Colaboración =

EL BUEN PATER

Este es un buen sacerdote. Amable, paternal, caritativo, tolerante. Luego que ha dicho su misa cuotidiana; que ha bebido su taza de café con pancito blanco, recorre el huerto. Limpia aquí una planta; corta allá una ramita seca, quita una telaraña, admira una flor nueva. Y oye con delicia infantil el canto de algún pajarillo que conoce al buen pater. Después, entre nueve y diez de la mañana, se acomoda en su especie de silla gestatoria. Es una silla colonial. Se la regalaron unas señoras de Cartago. ¿Quiénes se han sentado en esa silla? Tal vez obispos, seguramente otros padres, acaso uno que otro presidente de la República. Nuestro buen pater se siente muy bien en su silla gestatoria. ¿Qué hace allí? ¿En qué cosas maravillosas pensará ahora el buen pater? Tal vez piensa en la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Así se pasa horas de horas. Serenamente; en una santa paz de espíritu. No es un pater común, simplemente de misa y olla. Tiene sus curiosidades y hasta sus predilecciones. Hay en los estantes de su biblioteca obras de los santos padres. Hay alguna cosa de San Agustín. Todo eso se lo habrá leído el padre, preguntan las gentes sencillas que lo visitan.

Lo visita mucha gente. Es un execelente consejero. Cada uno lleva su pena o su angustia. Y el padre oye a cada paciente con bondadosa alma. Los jóvenes y las jóvenes son los más fieles peticionarios. Y el padre a todos conforta y anima.

A veces abre un gran libro y se pone a leer. Mientras él lee, las arañitas tejen en las esquinas abandonadas del salón sus telas finas. Mientras él lee, los ángeles vigilan su tranquilidad. Qué agradable lectura la suya. Se dijera que en vez de leer está oyendo las voces misteriosas del cielo. Su cara aparece sonriente en esta hora. Será que se lee una novela traviesa. No, no, es un piadoso lector.

En todo es selectivo. No es amigo de muchos santos ni de muchos amigos. Se deja visitar por el señor Alcalde y por el señor Jefe Político. A veces por el maestro de escuela, pero no cuando es un muchacho pedante. Y cuando se hace sonar música, prefiere lo antiguo. Lo solemne; lo legítimamente armonioso.

Pero algo raro le pasa cuando se presenta su ama de llaves. ¿Fidelina, recogiste los huevos? ¿Fidelina, viste si estaba el pollo blanco? ¿Fidelina, trajo los interesillos don Salvador? Fidelina, contá las gallinas; Fidelina, hay que remendar la otra sotana, también los calcetines. ¿Fidelina, cuánto vendistes hoy de lechuguitas?, etc., etc. Y todo es por este tono.

—Caramba—dice el sacristán.—Con toda la trampa!—dice cada vez más colérico.—En Fidelina debe incorporarse el diablo. En cuanto se acerca al padre, comienza éste a decir tonterías y vulgaridades. El, que piensa tan bien. El, que se dice unos sermoncitos de chuparse los dedos. Pero Fidelina, lo rebaja. Si yo pudiera, se lo diría al señor Obispo.

Pero cuando llega el sacristán, generalmente a las once, después de que ha barrido la iglesita, le pregunta el buen padre:

—¿Juancho, cuánto produjo hoy la alcancía de San Antonio?

Juancho contesta muy compungido:

—¡Apenas doce reales, padre!

—Válgame Dios!... ya la gente no se acuerda de la iglesia.

Y el sacristán agrega, siempre con su aire hipócrita:

—Sí, padre; ya no se acuerdan de la iglesia las gentes.

UN CASO JURIDICO

Como Alcalde tuve experiencias muy interesantes. Un día llegó un hombre a establecer una denuncia contra una mujer a quien acusaba de haberle robado una suma de dinero. La suma era de unos quince colones. Vino la mujer y contó la historia. "Yo vivía con ese hombre y trabajaba. Tanto él como yo economizábamos parte de nuestra ganancia y lo guardábamos en el mismo baúl. Hemos entrado en discordia y yo he recogido lo que me corresponde y he abandonado la casilla en donde vivíamos".

Después de haberlos oído a ambos, les dije:

—Bueno, vengan a las dos de la tarde para arreglar este negocio.

Yo prefería los arreglos entre las partes, aun tratándose de asuntos criminales. Me parecía esto mejor que el proceso. Me ahorraba trabajo, naturalmente.

A las dos de la tarde vinieron a la alcaldía tres personas. Los quejosos y un hombre que se quedó fuera del despacho. Me fijé especialmente en este hombre. Estaba apoyado en uno de los horcones del corredor, en una actitud como de esperanza o de resignación. Como los otros, era una persona descuidada.

—¿Quién es ese hombre, es su hermano?—le pregunté a la mujer.

—No, es el hombre con quien vivía antes. Si yo viviera con él, pasaría mejor la vida.

—¿O es su marido?

Ella se quedó callada.

Mientras yo hablaba con la mujer, había salido el acusador y observé que dialogaba con el otro en una forma extrañamente disimulada.

—Vamos a arreglar este asunto—dije, e hice llamar al hombre.

—¿Qué piensan hacer ustedes?—les pregunté. Hubo una espera. Luego habló el hombre.

—Pues yo,—dijo,—si ella se vuelve conmigo, dejaré esto.

Se dirigió a mí y me dió la impresión de ser un imbécil o un hombre vulgarmente bueno. Era pequeño, de con-

textura fuerte, moreno, el cabello desordenado.

—¿Qué piensa usted?—le pregunté a la mujer.

La mujer vaciló un instante. El hombre con quien había venido estaba en la misma actitud en que yo le sorprendí. Era delgado, de carnes enjutas, de rasgos fuertes, de mirada casi torva. Ella podía verlo desde mi despacho. Cuando yo le hice la pregunta, ella tornó a mirarlo. Luego se dirigió hacia mí y dijo.

—¡Está bien! Me volveré con él.

—Bueno,—les dije,—esto está terminado, váyanse! Los ví salir. Pasaron cerca del otro hombre. Ella le dijo adiós, y desaparecieron por el zaguán de la Alcaldía.

El otro se fué indiferente. A esto es a lo que llaman la comedia de la vida. ¿Quién sabe? Tal vez la tragedia. Aquello parecía ser una cruel venganza del marido. Unidos en el pecado y hasta la muerte. Lo cierto es que trataron el asunto con un criterio evidentemente convencional. Yo lo llamo jurídico por mi intervención afortunada de Alcalde.

EL NEGOCIO DEL CHINO

Esto es de una cruda realidad; pero sólo a un chino podría ocurrírsele semejante idea.

Pedro Mateo andaba mal de negocios. Se había casado cuarentón y tal vez un poco más de cuarentón. La mujer era una muchacha de unos veinte años. Campesina como Pedro Mateo, bonita, fresca, inquietante, y de cierto genio que el futuro marido no comprendió exactamente.

Pedro Mateo notó que a poco del matrimonio había que ir vendiendo el haber paterno y materno. Se fueron los cafetalillos; se fueron dos potreritos muy bonitos que tenía. Se fué el ganado; se fué el trapiche. Se fueron también los terrenos de sembrar y los de esquilmo. Se fué una calera que explotaba con éxito. Y la pulpería comenzó a venir a menos. La pulpería se llamaba: **La Entrada.** El maestro de escuela le dictó ese título. El establecimiento estaba casi en donde el pueblo comienza y tuvo sus buenos tiempos. **La Entrada** se hizo popular; el dueño era simpático y dicharachero. Tenía su buen corredor al frente y unos bancos de madera para los clientes. Como era un lugar pintoresco y discreto, los muchachos acudían allí en las tardes, sobre todo de invierno, a pasar el rato. Al lado de la taquilla había un gran solar con dos árboles de buena sombra. Los que venían de la montaña, sesteaban en ese lugar y esto le daba animación al negocio.

Pero el negocio, como hemos dicho, vino a menos. Le cayó sal al pobre de Pedro Mateo. Había que vender el negocio. También es cierto que la nueva carretera de asfalto contribuyó en mucho a que variaran las condiciones de la vida en el pueblo. Había que vender el negocio. No había más remedio. Con la platilla que se le sacara, Pedro Mateo pagaba algunas o todas sus deudas y el resto lo emplearía en seguir sembrando la tierra. Como el hijo pródigo, el campesino siempre vuelve a la tierra aunque sea para ser enterrado en ella.

Aquí tenemos al pobre y sencillo de Pedro Mateo abordando el grave problema de vender la pulpería **La Entrada.** ¿En cuánto? ¿En qué condiciones? ¿A quién diablos? Nadie hacía propuesta. Pero Dios protege a los buenos. Un día vino Pedro Mateo a la ciudad y andaba dando vueltas por el Mercado. Le presentaron a un chino. El chino quería comprar una pulpería en algún pueblo de los alrededores de la capital. Los médicos le habían aconsejado vivir algún tiempo en un clima más suave que el del Guanacaste. Además era un chino de pocos recursos. Se cruzaron palabras. El chino quedó de ir a fines de semana, porque los otros días los iba a emplear en ver algunos negocitos que le habían propuesto ya.

Pedro Mateo voló a su pueblo más contento que si se hubiera ganado el premio mayor de la lotería nacional. Inmediatamente le mandó a dar una mano de cal a la parte externa del establecimiento. Arregló lo mejor que pudo la estantería. Se hizo su gastillo para cargar las botellas. En fin, le dió toda la apariencia posible a su negocio. El viernes llegó el chino en un automóvil de tercera y en compañía de un rábula de la ciudad a quien él llamaba: "miabogado" o "miabogalo". Muy atento Pedro Mateo con el chino; muy espléndido y muy cortesano. El tenía sus cosas de hombre inteligente. Un dependiente que nunca había tenido o por lo menos, que no había tenido en los últimos años, atendía con gran actividad al despacho. Estaba en buen traje: camisa blanca engomada y pantalones azules.

Preguntó el chino:

—¿El dependiente cuánto gana?

—Veinte colones.

Desde que llegó el chino con el rábula hubo una extraordinaria actividad en el establecimiento. El dependiente no daba a basto. Vino la mujer de Pedro Mateo. Le pareció muy simpática al chino. Y el chino lo observaba todo. A las seis de la tarde quiso regresar. Pedro Mateo le ofreció alojamiento para que viera el negocio en la noche. Y en la noche vinieron unos muchachos con una guitarra y un acordeón y hubo cantos y venta de guaro. El Agente de Policía preguntó:

—¿Y porqué está de manteles largos, Pedro Mateo?

Se hizo el negocio. El chino pagó encantado tres mil colones y entró en posesión de la "Entlada". Se mantuvo cierta animación por dos o tres días y después, como por misterio, **La Entrada** quedó desierta. Un día, y otro día y otro. A los quince días, el chino se dió cuenta exacta del desastre. Pedro Mateo lo había engañado como a un chino.

—Mal negocio, mal negocio.

Pero el chino era chino. La mujer de **Pedlo** Mateo era bonita y joven. El chino se había quedado en la casa y la mujer de Pedro Mateo le servía. Comenzó, como quien no quiere la cosa a recibir obsequios del chino. Minucias. Cajas de polvos, pañuelos de seda, etc. Pedro Mateo se iba a menudo a los bajos de Candelaria. Había comprado ya un terrenito. La mujer y el chino se familiarizaron. La mujer advirtió que un chino es un hombre como otro cualquiera, con la sola diferencia del idioma. Un día, el chino vendió **La Entlada** por cualquier cosa y se fué otra vez al Guanacaste. Y con el chino se fué también la esposa de Pedro Mateo. Y el chino comentaba, cuando ya tenía siete chinitos y recordaba la aventura:

—Tles mil pesos a peldidas y ganancias. Pelo la mujel valía un millón.

Pedro Mateo se fué a los Bajos de Candelaria a sembrar frijoles y no le faltó una crespa que le hiciera compañía.

Rómulo Tovar

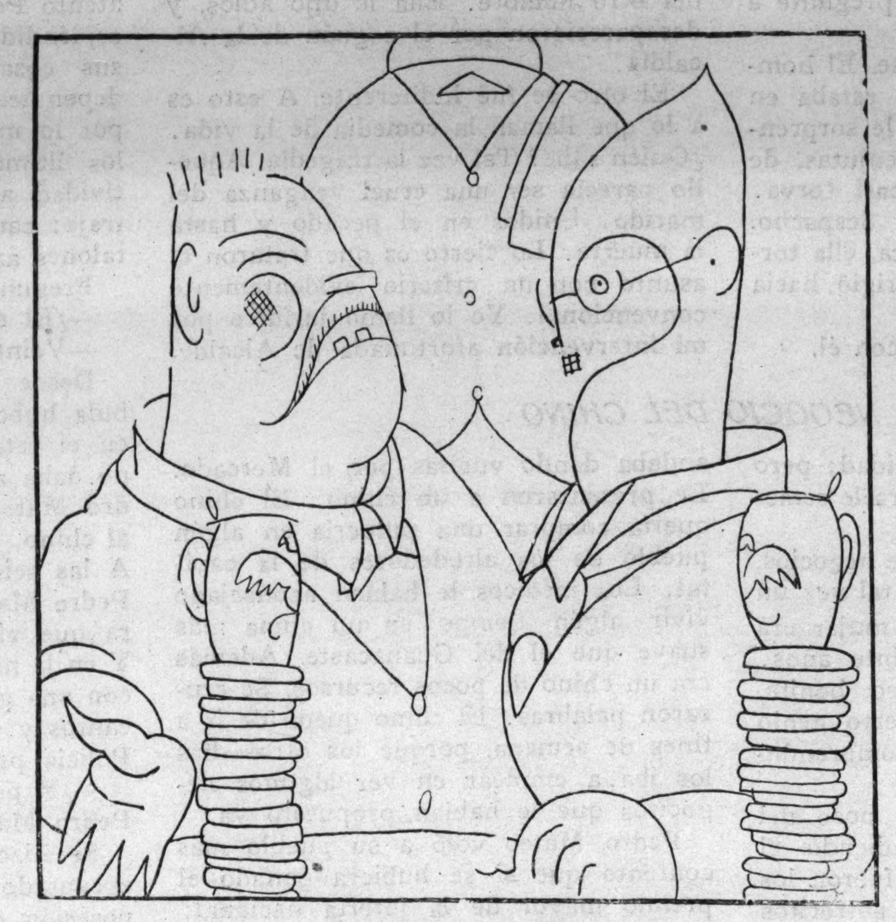
Costa Rica, 1933.

Dominio y espíritu

= De *La Nación*. Buenos Aires =

I

En las arengas y en los artículos que conocíamos del señor Hitler resultaba difícil aislar las ideas generales con la suficiente coherencia como para definir una concepción integral de la sociedad. Se presentaba ante el mundo como un jefe en quien se encarnaba el descontento provocado por la falta de eficacia de los gobiernos democráticos y como primer articulador de un programa de aspiraciones de carácter nacionalista: una Alemania impuesta en el exterior por su fuerza y redimida en el interior por la solución de los problemas que los partidos transigentes descuidaron y agravaron con su impavidez. Sin embargo, las ideas generales le tentaron con frecuencia, y ello no es extraño si recordamos que el canciller alemán estuvo en contacto, en el período de maduración de su mentalidad, con las corrientes ya debilitadas del socialismo vienés, reflejado en los sindicatos obreros en que militaba. En aquella época asomaba ya en su pensamiento la hostilidad al cristianismo y la tendencia a buscar una desviación del sentimiento religioso hacia el acervo primitivo de la mitología germánica. Desde este punto de vista, el señor Hitler se mantenía dentro de la tradición filosófica y literaria de su raza. El incierto agnosticismo de Lessing y el paganismo de Goethe constituyen en realidad una actitud anticristiana, y la "libertad para filosofar" que reclamaban los maestros en la cátedra, en el siglo XVIII, ocultaba en el fondo una paradoja de racionalistas. Mas, esa acritud para las creencias de origen oriental no daba al político y al caudillo una visión esencialmente personal de la vida. Su diseño del Tercer Reich, distendido sobre territorios conquistados, la substitución de los medios de consentimiento popular por otros que están fuera de la contemporánea estructura de la democracia, el reemplazo de los grandes emporios industriales por el retorno a una especie de trabajo de artesanos, no lo alejan en sus principios de las plataformas conocidas ni en sus procedimientos prácticos de los que se aplican en Italia o en Rusia con un sentido radicalmente opuesto. Lo que confiere originalidad al sistema del señor Hitler es su reciente discurso en la fiesta de los juegos gimnásticos de Stuttgart. El señor Hitler habló en ese acto contra la influencia intelectual.



HITLERIANA, por *Bagaría*

150.000 gimnastas, en Stuttgart, han desfilado militarmente ante el canciller Hitler.

—¡Oh, Von Pilsen! ¡Kómo Hitler komplika la gimnasia kon la polítika!
—Sí, Ottos. Hitler quiere hacer konfundir la gimnasia kon la magnesia.

II

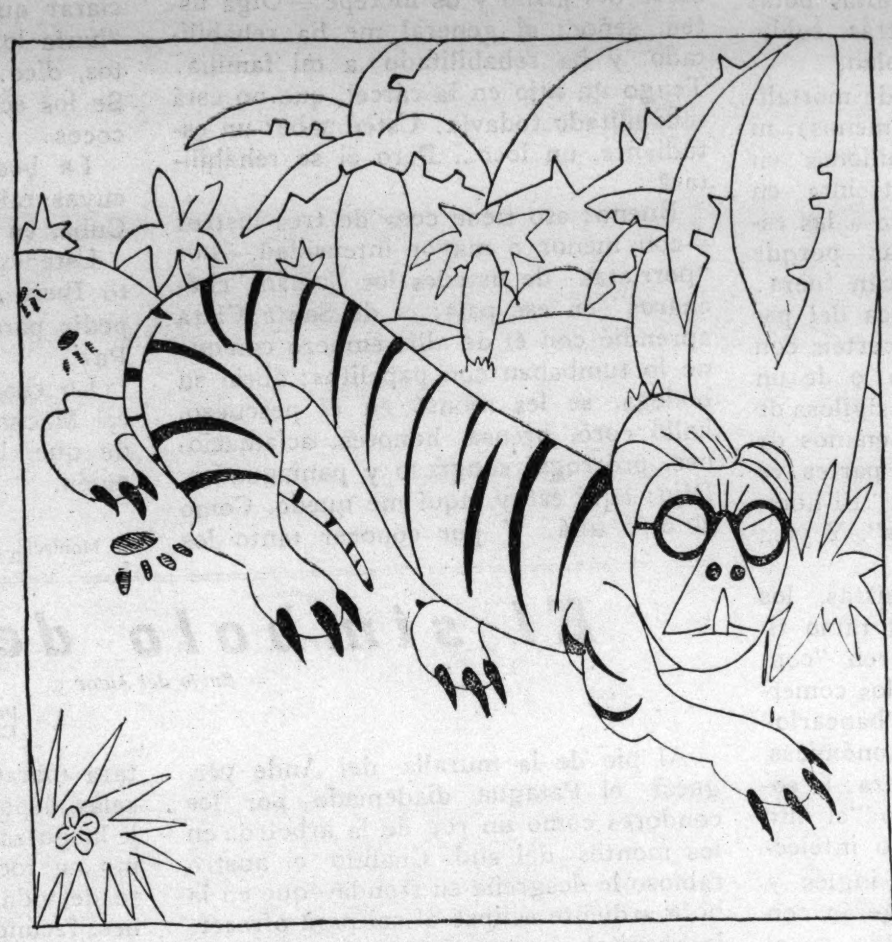
Su tesis se resume en pocas palabras. No son los débiles filósofos—dijo—los que protegen al pueblo, sino los hombres fuertes. Y agregó: Los pueblos espirituales, sin valor ni fuerza, estarán siempre obligados a ser preceptores de las razas sanas. He aquí su doctrina. No debe interpretarse esta manifestación como un golpe a la tarea que se realiza en las universidades y en los laboratorios. No es esa tarea la que comprende su concejto del "falso saber". No es una agresión a la cultura utilitaria, sino un ataque a la civilización. Se da cuenta de que un país que cultiva la esperanza de dominio más allá de sus fronteras históricas, y de imposición de sus productos en los mercados de ultramar, requiere el concurso incesante del especialista y del técnico. Necesita constructores, inventores, aplicadores, puesto que el comercio exige el servicio de las ciencias útiles. Lo que desea es separar esa labor de experimentación, de análisis, de descubrimiento, de las preocupaciones desinteresadas de la inteligencia, esto es, de lo que tipifica tan profundamente el desarrollo del hombre alemán. Al enunciar ese propósito obedece el señor Hitler a un instinto que es común en todos los que asumen con ánimo despótico el regimiento de una comunidad. La historia nos ofrece ejemplos uniformes de ese tipo de gobernante. En cualquier edad y en cualquier conjunto racial en que aparece el dominador, sea consecuencia de un movimiento traído por sacudidas sociales o consecuencia de la función providencial que se atribuye, tiende a eliminar los elementos que por su misma naturaleza se substraen à su dirección. ¿Qué causas se encuentran—para citar un acontecimiento remoto—en el conflicto de Felipe el Hermoso y el papa Bonifacio VIII? El Rey de Francia aspiraba a formar una Iglesia gálica, no sujeta tan decisivamente a deberes de orden universal como los que implicaba su manejo en Roma. El Papado, no obstante sus intereses temporales, representaba el poder del espíritu, lo no gobernable, lo no policiable desde el gabinete real o ministerial. El Rey conspiraba contra la religión organizada porque no disponía de recursos para someterla. Por razón idéntica trabajan los ministros del señor Hitler con objeto de coordinar las diferentes tendencias protestantes en un haz regible por funcionarios dóciles, mientras el catolicismo le inspira la inquietud de un poderío sospechoso. Y es porque, al ser un poderío autónomo, dirigido en Roma, o sea poderío de catolicidad, puede ser contradictorio con su propio poderío; su gobierno rechaza la acción del espíritu, que, a su vez, es un gobierno de almas. Domesticadas las Iglesias luteranas, y en la dificultad de afrontar una batalla con el catolicismo, cuya solidez secular supera los contrastes eventuales y mueve con energía la conciencia mundial, emprende la campaña contra la limitación libre de la filosofía y de la literatura. Sin duda, al proceder con esa violencia, olvidan los reyes ocasionales o los déspotas, que su política de sofocación espiritual reitera estérilmente antiguos ensayos. ¿En qué se diferencia la exclusión del pensador no recluído en el dogma oficial del Estado, del poeta que no canta el desfile de las tropas de choque, del escritor sin rienda en la Cancillería, de la actividad antialfabética de Don Fernando VII? El monarca clausuró los institutos universitarios, en que se refugiaba la riqueza substancial de España, para abrir escuelas de tauromaquia, y declaró en uno de los preámbulos del memorable decreto: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir". El señor Hitler no clausura los institutos; se conforma con ceñirlos a una misión fija y abre a su manera las academias tauromáquicas al exaltar el atletismo en oposición al ascendiente del trabajador intelectual. Lo que era en el primer cuarto del siglo pasado un impresionante re-

Pasa a la página 205)

CARTAS HIPERBÓREAS

De dónde viene el mal

= Colaboración =



CON EL RABO ENTRE PIERNAS, por *Bagaría*

Así acaban los dictadores.

Algunos extrañaban, en los días más lóbregos del Machadato pantagruélico, de aquella incursión en la isla hermosa que nació pura para la libertad con una estrella en la frente, de dónde había surgido esa racha de adulaciones insensatas—algunas indecorosas como el asunto de la estatua de Martí en España negada por Primo de Rivera—y en cuál bazar de satrapías inferiores habían ido a ensartar algunos cubanos desdichados el rosario de cuentas baratas de su letanía machadista: "los incondicionales del general Machado" con su anuncio luminoso, "mi programa para este año?—decía el fallecido Dr. Vázquez Bello—obedecer al general Machado". Un pueblo con el nombre del "presidente"; un barco; la pasarela; "el ilustre", el "regenerador"... Y luego ya sabéis: "el hombre de hierro" que está salvando a Cuba, etc. Cierta prensa extranjera ya bordeaba las platabandas del jardinillo tropical para escoger florecillas discretas: "si bien el país no esté del todo en calma, créese que con una administra- firme y vigilante como la del presidente Machado"... Las cancillerías criollas ¡esas beneméritas secretarías de déspotas que tienen gavetas llenas de palmas, cintajos y medallas de latón!, comenzaron sus discretos canjes: "yo te mando el Cordón del Libertador", tú me empujas el "Sol del Perú" para acá, el otro va a mandarte "La Vicuña Sagrada", etc...

Culminó esto desde la Sexta Conferencia Panamericana. Tras el Machadato clásico, en su holgada frescura de palmbeach, tras las gafas los ojillos sagaces, y bajo los ojillos la pequeña boca algo infantil cerrada y cruel, que acusa un desarrollo interrumpido del intelecto y sume la voluntad de una mandíbula voraz, aparecían, como para ser sometidos en un beauty-parlor a un tratamiento de ondulación permanente, las melenas del Céspedes dinámico, el semblante valentino de galán de cine del pobre Vázquez Bello y... pare usted de contar! Sobre la isla hermosa, el sol, las moles de cemento romano, banderolas, farolas, cháchara... Al fondo, sombras de esbirros; primero tras las antiparras ahumadas de Fors, luego a plena vía, la "porra" infame con sus Jiménez y sus Peláez.

Como en una fiesta bárbara de litoral lejano en días de instalaciones migratorias, los tiburones de la bahía saltaban aquí y allá haciendo ellos—como los de tierra, su rol de corte—el papel de delfines alegres y juguetones mientras la pobre Cuba, toda temblorosa y medio desnuda, iba a la popa del yate "pesquero" del presidente...

Los cubanos—yo no llamo cubanos a los que por nacer aquí o acullá se llaman de éste o de aquel modo; yo hablo de los cubanos de verdad—preguntaríanse desolados y asqueados: ¿pero de dónde diablos nos viene todo esto?

Voy a decírselos hoy en Cuba como se los vengo diciendo desde 1925 en todas partes y allá... mientras me lo dejaron decir. Como se los dije cierta noche de diciembre de 1928 a los estudiantes latinos de la Universidad de Columbia.

No se busque esta súbita depravación y este inesperado rebajamiento de una parte de la sociedad cubana en fenómenos complicados ni en letra más o menos eficiente de preceptos constitucionales: eso viene de cerca. De allí mismo. Se marca un rumbo E S E y en pocas horas se llega a un puerto soleado, retostado, contra una montaña que toca al cielo y se mete en él mientras sus talones hincan en la tierra sobre la orla del mar. Tráfago, gritos, polizontes que ojean pasajeros y hojean papeles... Luego una aduana del trópico en su vieja casa colonial; y después la ascensión en zigzag a la montaña maravillosa por la carretera de excelente obra marginando un ferrocarril aprendiz de funicular...

A la vuelta brusca del cerro: la capital: ladera abajo salpicada de cipreses y matorrales— extendida y plácida, con las cerezas rojas de sus techos y las guayabas ocres de sus tapias por toda una vega que huele profundamente a vuestros cañamelares de Pinar del Río.

Allí—si sois extranjero "grato"—no veréis sino cosas gratas: el hotel, la oficiosidad servicial, las mujeres "nuestras"—esa especie de cursilería tropical como si en todas partes no hubiese mujeres "nuestras" o "ajenas"—las flores, las frutas, el cielo... El trópico de los turistas.

Veréis todo eso. Pero no veréis al "general". Para ver al general si le váis a pedir algo como extranjero "simpatizante" o si lo queréis conocer por mera curiosidad—ya que no es bueno tomar las descripciones de sus enemigos que son "los enemigos de la patria" —es necesario que se arregle esa "audiencia" desde la capital, con el médico que lo asiste y le secretea: un pobre señor que no es mala persona porque pudiera ser peor y que se dedica a desenterrar huacas o tinajas indígenas y a encontrar cráneos aborígenes en los huesos de los soldaditos "del 92" y "La Libertadora" (dos guerras que hubo allí en cierta forma seria). Este médico después que descubrió al "general" en la edad de piedra, trata de hallar vestigios de la Atlántida—no en el manoseado Platón, no—sino por ahí, en la orilla de una laguna bella y triste por donde pastan los rebaños del "general" y acampan los miñones del "general". El ambiente de primitivismo que le rodea: el general, sus vacas, sus predios, las conversaciones interesantísimas que allí se sostienen acerca del "mal-de-ojo"—que vosotros llamáis "ñáñigos"—inspiró esa idea novísima: la existencia precolombina de América.

Para obtener la audiencia el sistema—si no sóis hombre de "confidencias", parcelista, o agente de un "negocio" especial, o no vendéis automóviles de marcas caras—lo mejor es el periodismo. Pero eso sí: no ese periodismo que altera la sociedad y duda de la obra progresista del general. No, un periodismo "gráfico" que como el de vuestro "Carteles" le dedique al héroe fotos y artículos sobre "obras públicas": sus caminos estratégicos para agredir o para huir, bien vinculados entre sus posesiones y sus viviendas; sus pesebres modelo para soldados y sus salas higiénicas para las bestias: el jardín zoológico: un rinoceronte, caimanes, tigres, etc. Aquello es

paradisíaco: podéis tomar notas y fotografías, a base del "general" rodeado de un grupo de jóvenes endomingados como barberillos de alcabada y él en el centro con su bastoncito, sus anteojos, sus guantes de trapo y sus altas botas de pescador de bacalao. Detrás, soldados y personajes que no hablan.

No preguntéis por el tipo de mortalidad (un tercio de población menos), ni el de analfabetismo (seis millones en instrucción pública contra treinta en "guerra") ni echéis un vistazo a las estadísticas comerciales internas—porque ya conocéis las que se publican fuera. No interroguéis a nadie acerca del paradero de nadie: puede que acertéis con el nombre de un secuestrado o de un "ausente"; y entonces, la voz sigilosa de cualquiera de esos indiecitos enanos de uniforme que véis por todas partes va y dice a la oreja del atlántide: "El hombre hace preguntas "cascorbas". Y ya... al primer puerto, y pronto...

Los académicos, los ateneístas, los poetas "oficiales"—si sois del ramo tipográfico—luego que adquieren "confianza" os contarán horrores; los comerciantes—nuestro alto mundo "bancario" —si os gustan las realidades económicas, se llevarán las manos a la cabeza; la sociedad de "madrinas líricas" o "el alto mundo", después que un viejo intelectual reblandecido inventó el inglés y los calzones de "golf", os acogerán con gentilezas, buen gusto y a ratos, en el champán una lágrima o una baba... Si queréis entrar en contacto con la pequeña burguesía le eschucharéis a cuatro "cinturas" de por ahí, de esos que van de pata cruzada y calcetín de seda, en grandes máquinas que o no son de ellos o están en vías de no serlo y son más grandes que la fachada de la casa en que habitan—les escucharéis digo, juicios por el estilo:—Este país está perdido. No hay hombres.

Porque el otro, el "oposicionista" a boca de saco, larga un chiste independiente: "la cueva del Chácharo", "el vagre", etc., o, todo reservado y viendo para todas partes, os comunica lleno de presagios funestos:—Aquí se va a presentar cualquier día una vaina!

No hagáis caso. Esos "intelectuales" de los horrores los veréis firmando las crónicas, las poesías, las monsergas políticas de la prensa diaria o anónimos, tinterillos de un "doctor", de un "general" sucedáneo; esos comerciantes os presentarán "manifestaciones" cubiertas de firmas, con aquello de la cancelación de la deuda pública, el orden, la paz, el trabajo; esa sociedad va al "turf" (tenemos un "turf", pero es del "general") o en jira a la aldea presidencial o a recibir y a aclamar al "general" en los salones, poniendo los "coroneles" hijos del "general", en la presidencia de los dos centros principales. Esos "descontentos" y esos "oposicionistas" se desahogan contra los que caen en la desgracia del "general" poniéndoles motes muy graciosos; esos "oposicionistas" de cantina o de esquina los veréis—igual que algunos exilados furibundos de ayer—que una buena mañana aparecen gordos y lucios en guirnalda admiratriz.

Y... no preguntéis ni por los "presos políticos", no sea que os salga un señor, con los tobillos encallecidos por la barra del grillo y os increpe:—Oiga usted, señor: el general me ha rehabilitado y ha rehabilitado a mi familia. Tengo un hijo en la cárcel, que no está rehabilitado todavía. Usted sabe: un estudiante, un loco... Pero él se rehabilitará.

Bueno: eso tiene cosa de tres lustros —con menor o mayor intensidad.—Los "porristas" de ustedes los llaman "cháchoros" en ese país: el de Santa Clara aprendió con él de allí; empezó con que no lo tumbaban con papelitos: abrió su bodega, se les montó en el pescuezo, halló coro, prensa, honores, aclamaciones, prórroga, congreso y paniaguados. Dijo: aquí estoy, aquí me quedo. Como el otro allá. Y por conocer tanto los procedimientos del colega se olvidó de saber dónde y cómo estaba montado...

Una tarde a las tres lo supo y ni de ropa se pudo cambiar. Cayó en un islote como un pájaro. Voló para acá a declarar que si volviera a regir a Cuba, "haría lo mismo". No le pesan sus actos, dice. Y sabemos que no le pesan. Se los echa al hombro y sale a vender cocos.

La boca de ese fibroma tentacular cuyas raíces se ulceran en el Perú, en Cuba, en Santo Domingo, en México...

Ustedes saben donde está. El Instituto Ibero-Americano de Hamburgo va a pedir para él: "el Premio Nobel de la Paz".

Lo cual es injusto: le toca al general Machado este año. El entrante puede que le toque a él. Ustedes saben quién.

José Rafael Pocaterra

Montreal, setiembre de 1933.

El símbolo de Chile

= *Envío del Autor* =

Para el Honorable Representante de Chile y la Señora de Barriga Errasuriz.

Al pie de la muralla del Ande yérguese el Patagua diademado por los condores como un rey de la arboleda en los montes del sud. Cuando el austro rabioso le desgreña su fronda—que en la hora ardiente eclipsó al sol para ofrecerle hospital al peregrino—y la huracanada tempestad le hiere, ni tambalea su tronco ni se abate, y mírasele entonces sacudir los nidales que pende para que vuelen las aves y se explayen, cual flores de fascinante pluma, bajo la cónca va azul del espacio. Cuando las ráfagas del incendio se arremolinan para devorarle, el Patagua—que es árbol inmune —ve impávido cómo la furia del fuego nada puede contra su corteza apira y cuán pronto se devuelven aquellas flamas que lo atacan, para caer humilladas a manera de yerta estalactita. Y siempre, que las aguas encenegadas del arroyo llegan rastreando hasta el alquitara maravilloso de su raíz, es de vérselas depositar allí el óbolo de su limo y luego saltar destiladas y potables, como un rocío bienhechor, para ser fuente de vida que aplaca la sed de las urbes, fecunda los eriales y acaricia la carne palpitante de las ninfas en el cristal de sus ondas. ¡Oh mirífico Patagua que brindóle asilo al inca y trinchera al conquistador, con su rama inexpugnable, y ahora ausculta el sabio y unge el poeta como un prodigio de la montaña en el triunfo de la civilización!

Pedro Prado, el orfebre de la prosa, admira en el Patagua al "Señor de la Selva":—"Bendito sea el árbol siempre verde, que se ofrece a los nidos, que ampara el fuego y que mana el agua de la vida..."

Venga hoy ese árbol singular a ser más que el "Señor de la Selva", un símbolo real de Chile en el natalicio de su Independencia: porque tal como el Patagua, Chile ha sabido mantener encumbradas y siempre en lozanía las galas de su prestigio; porque tal como el Patagua, cuando el ventisco ha querido sacudirle, es para poner a prueba la firmeza de su tronco y darle vuelo a tantos Lautaros y O'Higgins que por doquier rutilaran cual una lluvia estelar; porque tal como el Patagua, cuando las piras de la guerra llegaron a alcanzarle, Chile pudo apagar sus llamas en los mares de Prat o hundirlas en las linfas del Maipo; y porque tal como en la raíz de ese árbol milagroso, en la Escuela Chilena han hallado su mejor filtro las ideas enturbiadas por la estolidez o la pasión, para ser convertidas pronto en alto credo, en pensamiento noble o sabia ley, que luego corren como agua viva por el espíritu de América hasta edificar la conciencia de la Raza!

Joaquín Fernández Montúfar

San José, 18 de setiembre, 1933.

Poesías inéditas

= Colaboración =

DESPUES DE LA LLUVIA

Va pasando... pasando...
la tardecita triste.
El sol se fué ocultando
por no verla llorar.
En pañuelos de gasa
todo su llanto secó;
y ha quedado ahora
tan quieta y silenciosa,
que hasta la brisa teme
hacer ruido al pasar.

¿A dónde irá a ocultarse
la tardecita de hoy?
Vapasando... pasando...
Meditativo el gesto,
su mirar de dolor.

Te ruego que te quedes
conmigo, tardecita,
porque eres gris y sola
mi alma te necesita.
Tú me harás compañía,
yo tu hermana seré,
hasta que llegue el día
que juntas, de la mano,
las dos nos perdamos
en la paz del arcano...

Julio, 1932.

SOL

Sol que alegre retornas
de aquellas tierras lejanas;
dime ¡Sol! ¿Ni una palabra
de mi ausente? Si es que vive,
segura estoy que tus rayos
con el oro de su luz
acariciaron Su ser.

Sol, yo quiero sentir
el calor de tu abrazo;
y también quiero beber
a grandes sorbos tu luz,
porque creo que estarás
saturado de Aquel
en quien tu luz se posó.

Primavera del 1932.

TALISMAN

Relojito diminuto,
mi precioso talismán
que minuto a minuto
mi vida vas regulando.

No podría pasar sin ti;
es tu flébil tic-tac
cual vocecilla secreta
que al atar Su recuerdo
a cada instante que vivo
da un motivo a mi vivir.

Jamás le faltará cuerda
a esa joyita que adoro,
pues cuando cese su ritmo,
el suyo mi corazón cesará.

RIQUEZA

Mientras haya una estrella
en la noche serena;

mientras la luna ría
con risa de Pierrot;

mientras se abra una flor
efímera y modesta;

mientras en mi ventana
se pose una avecilla;

mientras a mi oído llegue
la acariciante voz
de Chopin y Beethoven
y la rima sublime
de algún poeta ignorado;

mientras Tu recuerdo sea
mi luz, consuelo y guía,

habrá en mi alma alegría
y reiré de la Suerte

porque en tesoros tales
estaré tan extasiada

¡que aunque pase la Muerte,
creerá que soy la Nada!

UNOS OJOS VI

De esmeralda clara, limpia,
unos ojos que yo ví.
Cual un mar en plena calma
me mostraron hasta el fondo
de la más extraña alma.

Con mis ojos se encontraron.
¡Dos abismos se miraron!
Me he perdido yo en tus ojos,
en los míos, ¿estás tú?

De segundos el encuentro,
mas de siglos el recuerdo.
Yo los busco, los persigo,
y podría muy bien dar
de mi vida lo que resta
por volverlos a mirar.

Esos ojos que yo ví
no tendrán jamás su par:
eran verdes, dulces, hondos,
y sabían lo qué es mirar.

¿Dónde están? Los quiero ver
un minuto y nada más;
y después, como aquel día,
que se vayan... que se pierdan...

1932.

BLANCA

Anoche bajó
toda esa blancura
que hoy tan fríamente
cubre así la tierra.

Parecía jazmines
o pétalos sueltos
que mano de un ángel
de arriba lanzara.

Con su paso leve
la nieve ligera
muy pronto cubrió
toda la ciudad.

Tan alba, tan pura,
y tan frágil es,
que siento al pisarla
un dolor cordial.

Toda esa blancura
muy simbólica es:
se admira un momento,
se enloda después.

Yo miro a la nieve
como algo muy mío;
se posa allá fuera
con indiferencia.

Pero es aquí dentro
en mi corazón
que siento su frío
como un torcedor.

Como uan montaña
que se acumulara
muy fría toda ella
mas... blanco su color.

Formas caprichosas
como de Carrara
tiene esta montaña
de nieves de mi alma.

Estatuas queridas
de ilusiones muertas
¡por frías y por blancas
no os quiero destruir!

Y como allá fuera
la luna ha bajado
y está en su trineo
resbala y resbala,

Aquí en mi nevada
corazón adentro
se pasea muy grave
el señor Dolor.

Desde mi ventana
veo yo nevar;
perdida en ensueños
de blanco color.

De pronto algo negro
cortó esa blancura:
un gato atrevido
tras su gata amiga...

Gris

Nueva York, invierno de 1933.

NOTA.—*Gris* es una poetisa costarricense de mucho valer. En Nueva York reside hace años.

Comprimidos

(Leyendo y pensando)

= Colaboración =

Casi tan vieja como el mundo es la lucha contra el legalismo. Desde hace siglos vienen los hombres de alma libre y sincera peleando contra el legalismo y todavía no consiguen extirparlo definitivamente del haz de la tierra. Muchas veces lo han dado por muerto y otras tantas ha reaparecido bajo nuevas formas, pero siempre al servicio del mismo espíritu mezquino de dominación. No exageraría quien dijera que la historia de la humanidad, la historia de su progreso y de su cultura, gira alrededor de esa lucha interminable. Veamos:

Si alguna función trascendente desempeñaron los profetas hebreos fué, no hay duda, la de impugnar la superstición legalista mosaica y anunciar a Israel la venida del hombre justo a quien los fariseos crucificaron en castigo de la repugnancia que sentía por el formalismo de la ley y la onerosa liturgia en que ellos cifraban la virtud. Y Cristo, ¿qué título más precioso ofrece al amor de los hombres que el de haber renegado de la rigidez de la antigua ley, de la dureza de corazón de sus doctores, de las ruines sutilezas de sus exégetas, y de haber sostenido que la salvación no estaba en apegarse a la palabra escrita, a la letra muerta, sino al espíritu que vivifica, como dijo luego explicando su doctrina, Pablo, el otro gran enemigo del pietismo judío?

También hubo en Grecia nobles ejemplos de rebeldía al dogmatismo legal, como era de esperarse del país que nos dió el Arte y la Filosofía. ¿Qué es la Antígona de Sófocles sino el panegírico del espíritu libre y amante de la verdadera justicia? Contra el cruel precepto que negaba sepultura al cadáver del enemigo se levantó la voz de la hija de Edipo invocando aquella ley que según las bellísimas palabras del poeta no se lee en ningún código, pero sí está escrita en todos los corazones buenos donde alienta la misericordia.

Aun en la misma Roma, la ciudad en que el Derecho llegó a asumir aristas tan rígidas y cortantes como la espada de sus guerreros, dejóse oír la voz de condenatoria de las fórmulas legales, solemnes e inexorables. **Summum jus, suma injuria** dijo de ellas su máximo orador, a tono esa vez con el pueblo.

De la Edad Media ni se diga. Esa es la edad de los Santos, de los Cruzados, de los Caballeros defensores del débil y amparadores del desvalido, la edad cuando Francisco de Asís renueva en Italia la égloga de Galilea, y San Luis dirime salomónicamente los pleitos de sus vasallos bajo el haya de Vincennes, la única edad en fin que vió este prodigio; un abogado con la aureola de la santidad.

Sanctus Ivo erat Brito,
Advocatus et non latro.
Res miranda populo!

(San Ivo era bretón, abogado mas no ladrón. Cosa para maravillar a las gentes!)

Pasemos del Medioevo al Renacimiento y de Francia a Inglaterra. Oigamos lo que piensa Shakespeare de esa inmutabilidad del precepto legal tan preconizada por nuestros abogados: "No debemos hacer de la ley uno de esos espantajos que se plantan en tierra para asustar a las aves de rapiña, ni dejarla siempre en la misma actitud inmóvil, o el hábito acabará por hacer de ella su percha y no el objeto de su terror". ¡Bravo!, oh nuestro grande y amado Will!

¡Y qué claro has visto el juego de quienes quieren conservarnos inmutable la ley porque sus clientes, los poderosos, los privilegiados, los pájaros de presa que tú dices, no le tienen miedo, sino que al contrario están muy bien hallados con ella encontrándola favorable y amparadora de todos sus intereses egoístas! Ciertamente que esos cuatro versos de Shakespeare alegran nuestro espíritu y lo endulzan como con el regosto que deja en los labios un vino añejo y delicioso. Después de leerlos nos sentimos más entusiastas por una tierra que si ha producido barones ávidos y duros también dió el ser a un poeta de alma tan entera y tan justa, y más dispuestos a perdonar a "aquellos jueces ingleses que por doscientos años mandaron a la horca a todos los hombres, mujeres y niños culpables de robos por valor de cinco chelines, sin protestar jamás ninguno de ellos contra ley tan bárbara e inicua" (1).

(1) Estas palabras y la conclusión de que los ingleses eran una nación de brutos que debían ser exterminados, dice Henry Adams, habérselas oído a John Bright, furioso por la oposición que los jueces de Inglaterra hacían por ahí de 1880 a toda reforma de la Ley Penal.

Viniendo ahora a nuestra España, permítasenos mostrar también nuestro contento de que allí, en la tierra de donde nos vino la sangre, el habla y el espíritu, tampoco faltaron almas valientes que resistieran y rechazaran la ortodoxia legalista. Tomemos para ilustrar la verdad de lo que decimos un solo ejemplo sacado del Diálogo de Mercurio y Carón, una de las joyas más preciosas y olvidadas de nuestra literatura. En él Alfonso de Valdés, el erasmista, defiende al Emperador Carlos Quinto de los cargos que se le hacían por haber cedido el Estado de Milán al Duque Francisco Sforza, y habla por boca de Mercurio lo siguiente:

"Mira, Carón, las leyes y los príncipes y señores fueron ordenados para provecho del pueblo, y el buen príncipe no ha de mirar solamente a lo que la ley manda, ni a lo que el derecho ordena, sino a la intención de los que las leyes ordenaron, que es el bien del pueblo, y si vee que de seguir el derecho o executar la ley verná más daño al pueblo que de dissimularlo, dévelo dissimular hasta que vea tiempo cómo sin daño del pueblo lo pueda mejor hazer. Viendo, pues, el Emperador ser menor mal que los milaneses padeciessen lo que padecían que no el que de excitar nueva guerra se podría seguir, dilató aquello hasta que le vino esta oportunidad para librarlos de aquella tiranía, y librados, aunque pudiera él quedarse con aquel Estado, conosciendo cumplir más al sossiego de Italia y bien de los milaneses darles un Duque de quien fuessen governados que tomarlo para sí, posponiendo su interesse particular al bien universal, lo dió al Duque Francisco Esforza".

Y basta por hoy.

Mario Sancho

Cartago, 16 de setiembre, 1933.

Dominio y espíritu...

(Viene de la página 200)

troceso, es en nuestro tiempo un fenómeno más asombroso. Revela que el canciller alemán no estima los datos de la experiencia. Supone que basta prohibir el afán de pensar para que el individuo no piense. Ve el "peligro de discurrir" que sobresaltaba a Don Fernando VII, y lo denuncia al encono público, lo radia de su simpatía con una proclama. ¿Qué duración tuvieron los reyes y los déspotas que dijeron al espíritu: tú eres mi enemigo? Su reinado se recuerda más por su fugacidad que por su daño. Define al que gobierna abandonado a su voluntad y cohibe la voluntad de los demás, la convicción de que en su mando se inicia la historia, la certeza de que sus decisiones son un nuevo ordenamiento del caos. E ignora la vejez de la humanidad.

III

Impedir la "peligrosa novedad de discurrir" fué la cartilla política de numerosos predecesores del señor Hitler. Efectivamente, discurrir es peligroso. Es contrario a las reglas de obediencia. En los regímenes en que se gobierna la nación por asentimiento de las masas, y ese asentimiento se expresa con resortes permanentes, se discurre sin vulnerar lo vital de las instituciones, porque éstas viven de lo que se discurre. Donde obedecer es condición de la civilidad, pensar equivale a sublevarse y no a cooperar. ¿Para qué obedecer? Para afirmar con la obra indiscutida la magnitud del dominio. Con esto no se amenguará el hambre del hambriento ni se atenuará el problema perturbador. Mas, se logra el silencio y se llena el silencio con el tumulto de la única voz que se permite oír: se quiere de este modo fundar el imperio de la fuerza, con el atleta, con el servidor de cabeza inclinada, con el guerrero, y hacer así una colectividad disciplinada en la mansedumbre sin variedad espiritual. ¿No traza el canciller con su discurso de Stuttgart el esquema de una Esparta renovada? Evoquemos escolarmente el auge meteórico de Esparta. Se ejerció en la dura virtud de sometimiento a los cánones. La ética espartana eludió como a un maleficio al "débil filósofo", al discurridor. Realizó su ideal transformándose en un inmenso estadio de gimnastas y en un inmenso cuartel de soldados. Desterró con implacable severidad el ocio intelectivo, el enfermizo devaneo del pensamiento. Su juventud no paseaba en las proximidades del jardín académico para oír la disertación de los sofistas y para adiestrarse en la elegancia del raciocinio. El culto del biceps y la veneración del escudo bélico dieron a ese pueblo la rigidez mecánica de un ejército en perpetua maniobra. Su existencia para lograr el dominio impresiona al lector de sus guerras, de sus victorias, de su cruento sacrificio, como un espectáculo de penitencia. ¿Qué se hizo de Esparta? Este estadio, ese cuartel se hundió sin huella en la memoria humana, porque no se dedicó a la trascendente frivolidad, a la creadora debilidad de pensar, de alternar la física con la metafísica, de quitarse la coraza de acero para departir en el Banquete de Platón. Esparta, que anuló el espíritu, estremece por un instante mientras la Atenas de los sabios, del "peligro de discurrir", sigue deslumbrándonos y sigue siendo la preceptora del mundo. Y la lección consiste en la prueba de que sólo el dominio fundado en el espíritu, sobre el cimiento del alma divagadora, perdura más allá del parpadeo en que se sitúa su fundador.

IV

Esas ideas del señor Hitler importan un regreso a la historia de las tribus germánicas y no una depuración de los principios directivos de Alemania como pueblo. Nada es más divergente de la línea histórica de ese pueblo que la política del sojuzgamiento espiritual, y nada es menos asequible a la posibilidad de llevarla a cabo. El intento de conseguirlo nunca podrá ser más que un episodio. Ese pueblo aceptará la sumisión y seguirá a su jefe; danzará en torno a las hogueras en que se queman los libros "non cumplideros de leer"; tolerará la expatriación de Einstein, de Tomás Mann, de Stefan Zweig, que encierran el explosivo mental. Y un día percibirá que el Tercer Reich es una

---

MATLA

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= *Envío del autor.* Alajuela, Costa Rica, 1933. =

UN GRITO EN LA OSCURIDAD

Bajo el sol del trópico el bosque dormía su siesta, amodorrado por el calor. Doquiera el silencio, la imponente quietud de las cosas inanimadas. Acogido al sosiego de las frondas el aire parecía dormido también. En la espesura, sudorosa y sedienta, se perdía la suave luz que filtraban los altos ramajes. Sobre el suelo pantanoso las hojas amarillas constituían gruesa capa bajo la cual acechaban los miasmas palúdicos. A los grandes troncos cubrían musgos espesos sobre los que resbalaba, en abultadas gotas, la excesiva traspiración tropical, y en lo alto, anidadas en las primeras ramas, las orquídeas ponían su nota de color en medio de la verdura de la vegetación. De occidente, casi apagado por la distancia, llegaba el eco del mar. Nicoya, maravilloso golfo cruzado por los bongos chorotegas, teatro de vida de una raza hoy casi extinguida, pero que en la época que referimos era fuerte nación, se adivinaba más allá de la selva, tranquilo y acariciador sobre las playas de Chira, Cachoa, Pocosí y las otras islas que jalonan el litoral nicoyano.

Horas antes, Yara, tipo perfecto de la moza chorotega, de belleza notable, hija de Kaurki, señor de Nicoya, había atravesado ese golfo camino del valle de Coyoche, codiciosa de abundante cacería. Por su temperamento aventurero y audaz, su destreza en el manejo del arco y habilidad para armar trampas a las bestias del monte, había ganado fama de amazona entre las mujeres de su tribu. Además, heredera de extenso y rico señorío, Yara, que apenas rozaba la edad en que acaba la niña y se inicia, con inquietante pujanza, la mujer, era preciada como la más hermosa y linda flor del contorno, con lo cual no desmentía la bien ganada fama que tenían las nicoyanas de ser las más bellas mujeres de entre todas las tribus de nuestro país.

Un viejo tronco caído, cubierto de hierba, cabe un riachuelo que a duras penas se abría paso por entre las raíces y las piedras, brindó a la fatigada muchacha muelle asiento. Mientras reposaba, el hilo de agua, con suavísima canción, fluía a sus pies y de vez en cuando los salpicaba con frescas gotas y blancas motas de espuma. Sin embargo, Yara no parecía advertir esa caricia silenciosa del arroyo. A su rostro, un tanto bronceado y seco por el sol, asomaba la inquietud. Algo debía preocuparla, pues a cada momento fijaba sus claros ojos en el sendero que la había conducido hasta ahí, como interrogando a la soledad. ¿Cuánto tiempo permaneció así? No podría decirlo ni ella misma. La moza, como buena cazadora, no era impaciente, pero esperaba con gran desasosiego. Al rato se incorporó tratando de localizar la posición del sol a través de las tupidas copas y calcular el tiempo. Débil hilo solar, que bañaba su luz en el manso arroyo, le sirvió de guía. Al estirar su grácil cuerpo, en el cual aun no había madurado el desarrollo, su carne oscura y fina, de líneas delicadas, brilló en la plenitud de su virginidad. En ese

porción geográfica y una cohesión económica y militar y no una masa ardiente y alumbradora en el universo, un "pondus" vivo, un ser fecundador. Y al advertirlo, volverá a lo que se esforzó en conquistar en la centuria anterior con el fin de ser unidad y no peso en la vida consciente. Volverá a preferir la canción al grito, la filosofía al reglamento. Se persuadirá de que el culto de la fuerza es el camino de la fragilidad, es el dominio basado en columnas que se quiebran a medida que se levantan. Una balada genuinamente germánica, del ciclo de Witekind, refiere la gesta de una multitud enfurecida que decidió expulsar de la ciudad al nuevo Dios que abría sus brazos en lo alto de la montaña. Derribaron su imagen, destruyeron su casa. Y al regresar los vencedores blandiendo el martillo de Thor, encontraron en el pórtico a Jesús, triunfante como en la cima del monte, que decía a la absorta falange: Heme aquí. Es inútil, por lo tanto, la pira en que arde el libro, en que se cree carbonizar la levadura maravillosa. Por encima de la llama, resurge, se eleva y libra al que se alucina en el absurdo combate, en la obscura temeridad de extinguir lo inextinguible.

Alberto Gerchunoff

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

La donación generosa:

Miguel de Unamuno: *El Otro.* Misterio en tres jornadas y un epílogo. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1932.

Conde de Keyserling: *Meditaciones suramericanas.* Versión del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933.

Victoriano Salado Alvarez: *La vida azarosa y romántica de Don Carlos María de Bustamante.* Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933.

El Núm. 33 de la notable serie *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX.*

Rodrigo Rodríguez San Martín: *Mapa de un corazón.* Poemas. 1933. Illapel. Chile.

Djed. Bórquez: *Lázaro Cárdenas.* (Líneas biográficas). México, 1933. Ediciones del bloque de Obreros Intelectuales.

Guillermo Jiménez: *Zapotlán.* Lugar de Zapotes. México. 1933.

Guillermo Bianchi («Shanty»): *Amor.* Colección de autores chilenos.

Con el autor: Cónsul General de Chile. Guayaquil. Ecuador.

Joaquín Edwards Bello: *Criollos en París.* Novela. 3.a edición corregida. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1933.

Adela Formoso de Obregón: *Espejito de infancia.* Editorial «Cvltvra». México. 1933.

Con la autora: Calle de las Flores 78, Tlacopac. Villa Obregón. México. D. F. México.

Rafael Alberto Arrieta. *Bibliópolis.* Impresores. Lectores. Bibliófilos. Viau y Zona. Buenos Aires. 1933.

R. Emilio Jiménez: *La patria en la canción.* Obra graduada de canto coral en cuatro series. Santo Domingo. Rep. Dominicana. Imp. Hispanoamericana. Barcelona. 1933.

León Felipe. *Drop a star.* Poema. México. 1933.

Carlos H. Pareja: *El derecho civil soviético.* Edit. Renacimiento. Bogotá. 1933. Principios fundamentales. Tendencia e innovaciones. Conclusiones.

Salvador Novo: *Jalisco Michoacán. 12 días.* Fotos de Montenegro. Imp. Mundial. México. 1933.

Alfonso Reyes: *La caída. Exégesis en marfil.* Río de Janeiro. 1933.

Osvaldo García de la Concha: *La cósmica.* Nueva teoría de la relatividad formal e intrínseca, fundada en el origen espiritual de la materia o en el tiempo como el factor cósmico por excelencia. Santo Domingo. Rep. Dominicana. 1929. Madrid. 1932.

Donación de Andrés Avelino.

Carlos Sánchez Viamonte: *Democracia y socialismo.* Colección Claridad. «Ciencias políticas».—Buenos Aires. 1933.

Con el autor: 53-538. La Plata. Rep. Argentina.

Julio Selph: *Diseños.* Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1932.

Con el autor: Liceo de Hombres. Valdivia. Chile.

José Eduardo Guerra: *Itinerario espiritual de Bolivia.* A. B. I. A. Amberes. 1933.

María Wiesse: *9 relatos.* Lima. 1933. Maderas de José Sabogal.

Con la autora: María Wiesse de Sabogal. Miraflores (Alcanfores 625). Lima. Perú.

MEDITACIONES SURAMERICANAS

Pocos libros modernos han despertado curiosidad tan viva en las grandes masas lectoras como el titulado *Meditaciones Suramericanas,* del eminente escritor y filósofo

(MATLA) Folletín del *Rep. Am.* (2)

instante Yara parecía la corporización de un ser divino, habitante inmaterial del bosque, que no la bella nicoyana de carne y hueso frágiles. La selva, dormida bajo el bochorno del trópico, permaneció extraña al encanto que emanaba de la cazadora indígena...

—Pronto vendrá la noche! Yara no siente miedo, pero una noche sin luna no trae nada bueno!—se dijo la muchacha. Calló un instante, mientras escrutaba la lejanía de los árboles.

—Es extraño! Cuando la piragua alcanzó la orilla, Yara fué la primera en saltar e internarse en el campo. ¿Por qué ninguno la siguió? La loma, el río, el barranco, el llano, todo quedó atrás, y Copey, el fiel servidor cuya voz llegó por última vez desde la bajura de la costa, también se extravió. Y ahora, ¿cómo regresar? Yara ha perdido el camino...

De esta manera soliloqueaba la joven mientras el día apagaba su fulgor en poniente y las aguas del golfo se encendían en tonos violáceos y grisis. El calor disminuía al acentuarse la sombra y el bosque, por momentos, recobraba todos sus rumores. En el cielo limpio del estío el azul se teñía de un negro transparente como si el firmamento estuviera protegido por inmenso cristal. Yara, presa cada vez más de la inquietud, movíase de un lado para el otro, indecisa. ¿Cómo aventurarse por el bosque en tinieblas? ¿Cómo pasar la noche sobre el suelo húmedo expuesta al ataque de las fieras?

No era el suyo temor a seres sobrenaturales, enemigos invisibles que ambulan al abrigo cómplice de la oscuridad. Ella había oído a su vieja nodriza Guaré, terribles historias de malos dioses que envenenan las fuentes, estrujan las rosas y arrancan la corteza de los troncos; de valientes guerreros que perdidos en la montaña jamás regresaron sino con el cuerpo herido y ojos desorbitados; de seres extraños que se retorcían con espasmos violentos y vociferaban maldiciones terribles; había oído... Pero ella nunca prestó crédito a tales consejas: el suyo era un sereno espíritu abierto a la razón. Por eso siempre acogió con dudas lo que contaban los descarnados labios de la vieja Guaré, supersticiosa e imaginativa.

Arreglóse la ajustada camisa, que se había quitado por el calor del día. No llevaba ninguna clase de joyas, excepto un diminuto amuleto de oro pendiente del cuello y que representaba a un tigre, símbolo de su tribu; este desinterés por las joyas contrastaba, en verdad, con la vanidosa solicitud que mostraban generalmente los indígenas; pero Yara en sus excursiones prefería marchar libre del precioso estorbo de tales prendas: bastábale con el encanto de su cuerpo cargado de juventud y de firmeza. Recogió sus cabellos en dos trenzas magníficas que despojó del ancho cintillo carmesí que ceñía sus sienes.

Disponíase a hacer con hojas y ramillas blando lecho en el hueco que formaban unas raíces salientes, cuando divisó en la espesura negra, débil resplandor intermitente, como la pupila encandilada de un animal en acecho. Muy intranquila se amparó al árbol buscando refugio en la estrechez del hueco; a través de la tela las esferitas de sus senos saltaban nerviosas como burbujas de un líquido en ebullición. Creyendo próxima la acometida de alguna fiera, la moza se aprestó a la defensa con el ardor propio de su raza. Desgajó gorda rama que despojó de sus estorbos y esperó, fijos los ojos en el punto donde destelló la luz.

A poco, leve rumor de hojas secas estrujadas fué haciéndose cada vez más perceptible. Yara afirmóse contra el árbol hurtando su cuerpo cuanto era po-

Conde de Keyserling, hoy en la cumbre cimera de su capacidad y su fama. Puede afirmarse que esperábase con verdadera impaciencia la salida de su edición castellana, enunciada hacía meses, ya que no en balde trátase de producción atinente por entero al mundo hispánico allende oceánico, donde, al igual que en España, el gran pensador estoniano ha captado la atención entusiasta no sólo de la intelectualidad, sino de los núcleos de excepción y hasta de las multitudes, cuya ideología vese influenciada notablemente por su credo, a la vez complejo y sencillo, original y trascendente.

La publicación de las obras de Keyserling, iniciada hace algunos años por Espasa-Calpe, S. A., vino a constituir verdadero acontecimiento intelectual y bibliográfico, tanto en orden a la importancia y significación conjunta de su labor, cuanto por el aspecto particular o específico de parte de la misma, relacionada directamente con nuestra ideología y nuestro suelo. La empresa acometióse con entusiasmo y consciencia de su importancia, y a fe que lo que en un comienzo fuera atrevido esfuerzo material vióse prontamente recompensado con el premio de la acogida del público lector en todos los países del idioma. Así, tras la obra inicial, ***Diario de viaje de un filósofo***, fueron apareciendo las siguientes: ***Europa*** (Análisis espectral de un continente); ***El conocimiento creador***, ***Renacimiento***, ***Norte América libertada*** y, ahora, ***Meditaciones Suramericanas***, anunciándose encontrarse en prensa ***La vida íntima***.

Meditaciones Suramericanas, que ha sido conceptuada por no pocos críticos como la obra capital de Keyserling, constituye una serie de ensayos filosóficos en torno a las grandes categorías de la vasta zona terrestre que denota su rótulo. El insigne fundador de la escuela de Darmstadt, tan fiel observador a lo largo de todas las rutas, tan sutil y, a la vez, apasionado hermeneuta del alma de los seres y las cosas, visitó Sur América animado por previa simpatía hacia la raza hispánica, y resultado capital de ello, así como de su paralelo conocimiento del suelo español, fué proclamar aquélla como la providencialmente destinada a realizar la gran obra de revalorización de la vida humana de que tan necesitado está el mundo, por su preponderancia del factor emocional sobre el intelectual.

En este libro a que concretamente nos referimos aparece trazado el conjunto formal de todas las sugestiones del viaje, con su trato espiritual rico como pocos en apreciaciones ideológicas de enorme densidad. Alguien ha afirmado que en los juicios sintéticos de Keyserling acerca de Hispanoamérica, juicios por los cuales proclama que «la característica más sobresaliente de la atmósfera psíquica de América del Sur es la síntesis de lo primordial y lo refinado» atísbase el riguroso valor de un exponente algebraico, dados su precisión y profundo criterio, que no impide la fluidez verbal, la verdadera gracia artística, y cabe señalar que tales cualidades manifiéstanse, indecadentes, como elemento enguizgante para el lector, a lo largo de los doce capítulos integrantes de la obra, rotulados así: 1) El continente del tercer día de la creación; 2) El miedo original; 3) Guerra; 4) Sangre; 5) Hado; 6) Muerte; 7) Gana; 8) Delicadeza; 9) El orden emociona 10) Tristeza; 11) La irrupción del espíritu, y 12) Divina Comedia.

En el prólogo, hecho expresente para la edición española, adviértese la clarividencia en el pensar de Keyserling, escritor que con Spengler, Frank y alguno otro puede decirse alcanza al presente la máxima nombradía en el concierto de las ideas universales. Márcase en él esa decidida exaltación de los valores hispánicos; nuncio venturoso— con un elemento imprescindible: la voluntad de su esplendor futuro, y, también, la cruda videncia de los defectos y lacras, individuales y colectivos, que impiden a los pueblos levantarse de su decadencia y estatismo. Imparcial y eminentemente objetivo, plasma su visión integral con verdadero dominio del tema, propio de quien no sólo posee facultades excepcionales, sino también se ha consagrado al estudio del mismo, en dedicación fervorosa.

Tanto por la amplitud objetiva de la obra —referente a todo un continente sobre el que se asientan diversos países, si unidos por comunes vínculos de ascendencia originaria que hay que desear sean imperecederos, tan diversos por sus características naturales y hasta por esos asomos de antagonismo engendrados por la torpe incomprensión— sino por la manera característica en Keyserling al afrontar la exposición de sus reacciones mentales sugeridas por el capital leimotiv, ***Meditaciones Suramericanas*** reviste, decimos, insólita riqueza de contenido. El lector no puede por menos de encontrar interesantísimo, y hasta ameno—empero esa densidad y elevación—su texto, en el que constantemente resplandecen las galas de un formidable maestro de la expresión escrita, cuyo estilo personalísimo ha sido insuperablemente interpretado, pese a la natural dificultad que ello lleva aparejada, por el autor de la versión castellana, L. López-Ballesteros y de Torres.

Volumen de 410 páginas, 23 x 15 cms. Precio 18 pesetas el ejemplar. Espasa-Calpe, S. A. Aparjado 547. ***Madrid.***

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

---

sible; en su mano, que tan diestra servía el arco, el palo tembló amenazante. El bosque y la tiniebla, en aquella noche, eran un solo fantasma aterrorizante. La sangre ardorosa de sus venas ponía en sus oídos el zumbido racial del chorotega...

La brisa nocturna trajo, como luciérnaga vagabunda, un último destello del misterioso punto ígneo. Después, todo volvió a sumirse en el silencio y la sombra. Al oeste las olas escarchaban de espuma las playas nicoyanas. En la cima de las lomas los fuegos indígenas velaban el sueño de las tribus y ponían una nota de vida en la absoluta quietud del aire y de las cosas.

De pronto un grito resonó en el bosque y su eco vibró siniestramente hasta perderse en el secreto de la noche. Yara afirmó el puño sobre el arma que había improvisado. Adivinaba, en su angustiosa expectativa, el peligro que la amenazaba. Era un grito humano, un grito de guerra, de desafío, de muerte...

—¡Hombres!—pensó—¿Amigos o enemigos?

Cruel interrogación que no hizo más que colmarla de pesar. Quiso estrujarse aún más contra el tronco protector y al tratar de conseguirlo, tres hombres gigantescos, con la cabeza rapada a la mitad y los cabellos restantes recogidos en coronilla, irrumpieron en el espacio desmontado que rodeaba a la joven. Eran tres hombres de carnes duras y tatuadas, llenas de cicatrices, pintados los rostros de rayas blancas: detalles que pudo apreciar a la indecisa lumbre de un leño encendido que portaba uno de ellos.

—¡Una mujer!—exclamaron a coro los tres.

—¿Quién eres y por qué te encuentras aquí?—interrogó tras breve pausa el que hacía de jefe.

—Ya lo dijeron los guerreros: una mujer!—contestó con audacia la muchacha.

—Las mujeres de nuestra tribu no cazan ni andan por el bosque a estas horas! ¿Quién eres y por qué te encuentras aquí?—repitió el mismo.

—Los guerreros lo han dicho: una mujer!—insistió temerariamente la joven. Dábase cuenta de que estaba irremisiblemente perdida, pues, la lucha contra aquellos tres hombres fornidos y armados era inútil; por momentos iba perdiendo el ánimo y el miedo se le colaba en la entraña como dardo envenenado. Sin embargo, resistiría hasta morir! Por sus venas la sangre fluía torrentosa y la encendía las mejillas; era el llamado de la raza, llamado de angustia y de coraje a la vez, llamado de un bravo pueblo de crueles ritos y bárbaro desprecio a la vida.

—¿Quién es tu señor?—demandó imperioso el jefe. La muchacha no respondió. En esto uno de los hombres, el que portaba el leño encendido, rápido se lanzó sobre la joven e impidiéndole hábilmente todo movimiento, acercó la lumbre al rostro de la desconocida, mientras sus compañeros contemplaron, estupefactos, el amuleto que saltaba sobre los senos de la moza.

—El tigre de Kaurki!—exclamaron casi a una voz.

—Tú no perteneces a nuestra tribu! Explicarás tu presencia en estos dominios ante el poderoso cacique Cararé! —ordenó el jefe.

—Cararé! Cararé!—repetía con angustia Yara—Cararé, enemigo de mi padre! ¿Qué será de mí?

En efecto, aquellos hombres pertenecían a la tribu güetar, pueblo belicoso y rico que ocupaba extenso territorio en el interior del país y que se vivía en constantes disputas con la tribu chorotega por el dominio del golfo nicoyano...

(Continuará)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

El poeta Francisco de Asís

= *Envío del autor.* Arequipa, Perú. =

Francisco se ha llamado a sí mismo y a sus hermanos, trovadores, juglares de Dios. En efecto, con cantos, con dulces palabras iba llamando de puerta en puerta. Quería elevar a los hombres al cielo con alas de poesía, con músicas. Como la alondra, señalaba el camino del ala con su canto dulce.

Y no es que él pretendiera ser poeta. Es que cuando el espíritu toma ciertas alturas, la palabra se torna poesía como agua que brota de la tierra y viene cantando, muy bajito bajo el suelo, su nacimiento en las cumbres. Deshielo de blancas cúspides del alma es la poesía de Francisco. Palabra encendida en ternura y amor de todo lo creado. No sólo habla al hombre y enzalsa al mendigo, sino que fraterniza con el árbol y la brizna de hierba y concede el cordoncito franciscano a la hermanita alondra llamándola buena religiosa. Es tan honda, tan entrañable esa alma de poeta que no necesita la cuerda de la vihuela para acompañar sus alabanzas a Dios y con dos cañitas eleva su alma al cielo como hace el grillo con su violín.

¿Quién ha hecho más bellas imágenes que Jesús? Los poetas han pensado siempre en aquel símil de los lirios que no trabajan ni hilan y se visten más elegantes que el Rey Salomón. En aquel otro de los pájaros del campo que no siembran ni guardan trigo en los graneros y tienen siempre el grano en la mano del Señor. El lenguaje de Jesús, es de una poesía tan honda que ha vivificado con agua purísima los tiempos. Y seguirá siendo manantial inagotable mientras los hombres viven días en el mundo.

Francisco no sólo ha dejado su vida, el más bello poema de hombres. Quedan también de él páginas entre las más bellas, palabras que se recordarán, que es necesario recordar siempre, no sólo por su amor a todo lo creado, sino por su belleza de llama viva, imperecedera.

He aquí este laude que yo estilizo:

LAUDE A TODAS LAS VIRTUDES

Salve Sabiduría, guárdate el Señor,
con tu hermana pura, la Sencillez.
Salve, señor Pobreza; que te guarde el Señor
en compañía de tu hermana la Humildad.
Salve, Dama Caridad, guárdate el Señor
con tu santa hermana la Obediencia.
A vosotras todas santas virtudes, guardaos el Señor
de quien venís y hacia quien volvéis.
Sabiduría, tú confundes a Satanás
y todas sus astucias.
Sencillez, tú avergüenzas la sabiduría
de este mundo y las tretas de la carne.



San Francisco de Asís

Hierro repujado y cincelado por *Lorenzo Rafael*

Pobreza, tú aniquilas todas las ansias
y todos los cuidados y codicias del mundo.
Humildad, triunfas de toda soberbia
de los hombres frívolos y de todo lo que es del mundo.
Caridad, confundes las tretas del diablo
y alejas el resquemor de los sentidos.
Obediencia, tú alejas los antojos
y veleidades de la carne y mantienes al cuerpo,
el hermano asno, en sujeción al espíritu,
haciendo que el hombre obedezca
no sólo al hombre sino a la bestia.

Y esta prosa que me ha sido tan fácil poner en verso castellano; así de poética es la palabra de Francisco, el pobreciilo, el iluminado de Dios.

LA HERMANITA ALONDRA

La hermanita alondra tiene capucha,
como nosotros, hermanitos legos;
y es una humilde avecita
que va siempre por el borde de los caminos
en busca de su grano de trigo,
llena de confianza en el Señor.
Su vestido es del mismo color
de la hermanita tierra.
Y nos enseña que no debemos llevar
vestidos finos
sino pobrecitos y sencillos.
Cuando alza su vuelo alaba al Señor
como buena religiosa que desprecia lo mundano,
y cuyas conversaciones son siempre en los cielos,
aun cuando su intención
está siempre en la tierra de Dios.

Y este otro maravilloso poema que resumo y estilizo también a la moderna:

LA PERFECTA ALEGRIA

—Escribe, hermano León, ovejuela de Dios:
Ni en la sanitdad, ni en la edificación
de toda la tierra
está la perfecta alegría
Ni en el poder de dar luz a los ciegos
y camino a los cojos
y aun vida a los muertos
está la perfecta alegría.
Y en saber todas las lenguas y todas las escrituras.
ni aun el secreto de las almas,
está la perfecta alegría.
Ni en tener lengua de ángel
y saber el curso de las estrellas,
ni aun la virtud de las hierbas
y el alma de los árboles o de las piedras,
está la perfecta alegría.

—En nombre de Dios, Padre Francisco
te ruego que me digas
en qué está la perfecta alegría.

—Escribe, hermano León
ovejuela de Dios:
En ser desconocido de todos;
en ser el más pequeñito y el más pobre;
en tener frío y tener amor por la hermanita agua
y la nieve casta y pura:
en tener hambre y sólo tener pan de injuria;
en pensar que si nos maltratan
es porque no nos conocen el alma;
en eso, en todo eso, está, hermano León,
la perfecta alegría.

Porque de todos los dones y las gracias
que Jesús concede a sus amigos
el mejor es el vencerse a sí mismo.
De todos los otros dones no nos podemos gloriar
porque no son nuestros sino de Dios.
Mas de la cruz de tribulación
podemos gloriarnos; porque eso es lo nuestro;
porque es nuestro pan de cada día,
la cruz de nuestro Señor.

Alberto Guillén

Imprenta LA TRIBUNA